

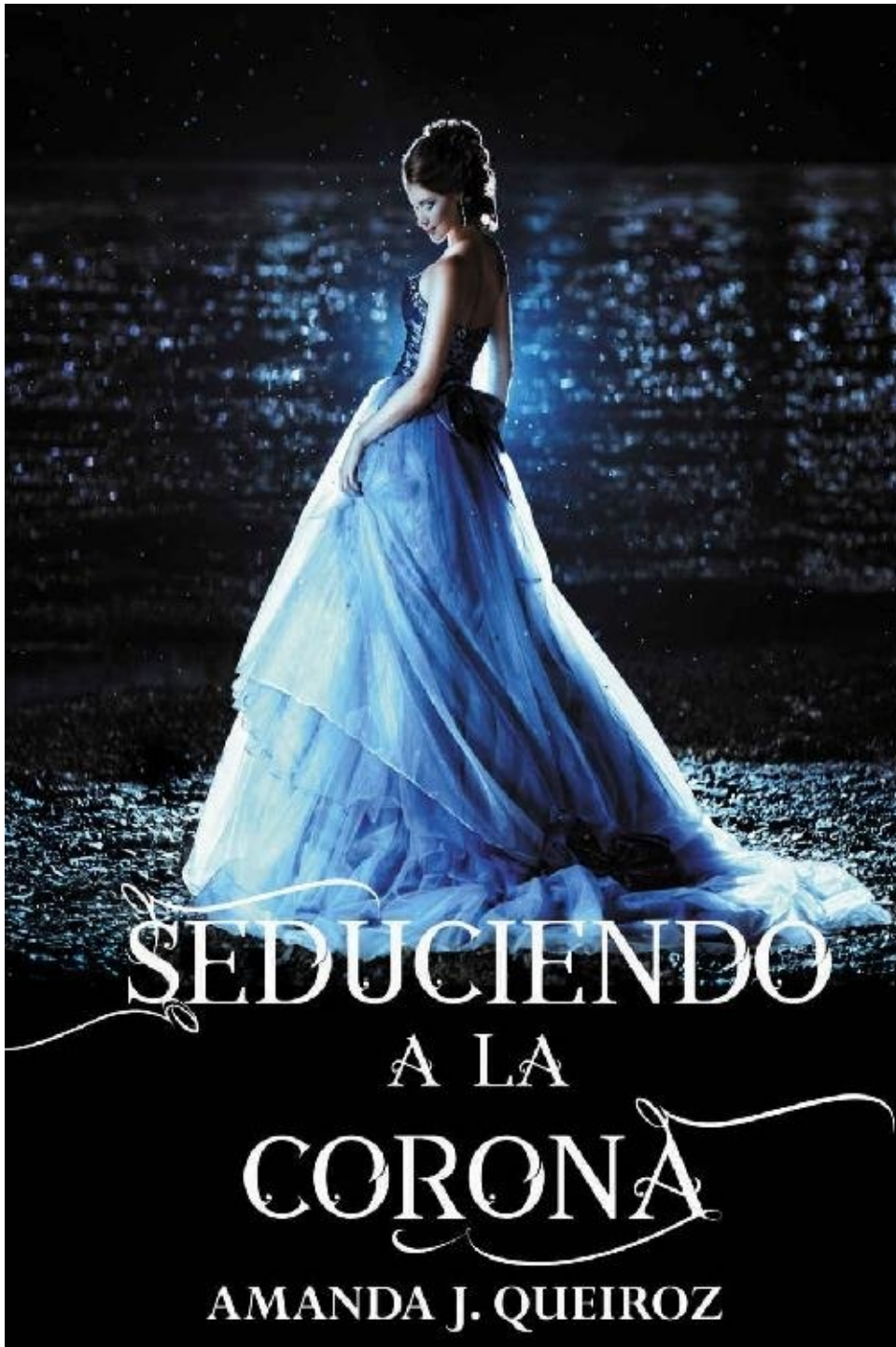
A woman in a long, flowing blue gown is shown from the back, looking over her shoulder. She is standing on a dark, textured surface that looks like a field of stars or a night sky. The lighting is dramatic, highlighting the texture of her dress and the sparkle of the background.

SEDUCIENDO

A LA

CORONA

AMANDA J. QUEIROZ



Seduciendo
a la
corona

AMANDA J. QUEIROZ

Seduciendo a la Corona

© 2017 Amanda J. Queiroz

Portada: J&J CoverArt

Imagen de portada: ©CanStockPhoto/ Fotolit

Imagen primera página: [Olga_spb / Freepik](#)

Corrección: J&J CoverArt

Maquetación: J&J CoverArt

ISBN-13: 978-1976074370

ISBN-10: 1976074371

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, así como el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método.

A JM, que además de enseñarme a amarle, hace que aprenda a quererme a mí misma.

01.SECRETOS

Te deseo a alguien

*que no te diga lo guapa que eres
sino que te lo enseñe,
para que te lo aprendas
sin necesidad de repetírtelo.*

*Te deseo un poema sin adorno,
frases ridículas,
palabras llanas y simples,
para que entiendas que en el amor
poesía es lo que sale de su boca
y no lo que lees en los libros.*

*Te deseo un amante con el corazón roto
para que sepa entenderte
y para que respete tu tristeza
cuando haya humedades,
pero sobre todo
para que proteja los destrozos del tuyo
con el suyo
y cuando tiemblen
tener un sustento.*

*Te deseo un admirador del nudismo
para que vivas lo que es una mirada desmaquillada,
para que coloques los espejos al otro lado,
para que te lleve con los ojos
a amar tu cuerpo sobre todas las cosas,
para que respete tu belleza
y haga de tu silueta el mapa de su tesoro.*

*Te deseo a un fiel del mar
para que jamás detone las olas de tus lagrimales,*

*para que acepte que un día serás calma
y tempestad
y aun así decida volver a ti cada día,
para que no evite que te derrames,
para que lleve tu sabor en la piel
y mire dentro de ti aunque escueza.
Te deseo a un poeta
con toda mi pena
para que te condene en su egoísmo
a la eterna salvación,
para que te haga inmortal
cuando tengas ganas de morir,
para que la única bala que te dispare
cuando le abandones
-porque tú eres un pájaro atrapado en la nieve,
recuérdalo, amor mío-
sea la que detona una palabra,
para que cuando te sientas nadie
recuerdes que eres el olvido de alguien.
Te deseo a tantas personas
como amor quiero hacerte.
Yo, sin embargo,
solo te deseo a ti.*

Sin embargo, Elvira Sastre.

Se había ido. Sí, Alex se había ido dejando una simple e inútil nota escrita con una caligrafía prácticamente ilegible:

Lo siento Thomas, lo he intentado, pero, este mundo no es para mí. Creo que estaremos mejor si vuelvo a Crystal. Te quiero. Alex.

¿Me quería? ¿Cómo podía quererme si se había marchado de la forma más cobarde jamás conocida? Me había decepcionado más de lo que nadie había conseguido hacerlo antes. Había sido una jornada extremadamente agotadora. Había recibido noticias para las que aún no estaba preparado. Y para rematarlo, cuando fui a su habitación con intención de encontrarla para que me acompañara a dar un paseo, en su lugar, solo encontré la hoja de un libro que había sido arrancada y garabateada encima.

Tras varios meses aún no estaba completamente seguro de si lo que más me molestaba era haberme equivocado con ella o el no haber dado la oportunidad a alguien que de verdad la supiera aprovechar.

Doblé el papel y suspiré. Hacía bastante tiempo que no sabía nada de ella. Varios meses desde que se marchó, y, aunque podría suponerse que sería tiempo suficiente como para haberme olvidado ya de ella, cada día abría aquella miserable nota para leerla una y otra vez sin llegar a comprender nada. Algo en mi interior estaba seguro de que ella se quedaría a mi lado, pero, al parecer, siempre había una primera vez para todo y era la primera vez que me equivocaba con alguien.

El hecho de que ella se marchara de aquella forma supuso la inmediata ruptura del acta de matrimonio por abandono del hogar, con que ahora más que nunca sentía la presión por parte de mi madre para que me casara con Lissandra, pero seguía negándome.

Que el matrimonio que había contraído con Alexandra se hubiera roto por una cláusula que especificaba que el abandono del hogar suponía la nulidad del mismo no significaba que yo me fuera a casar con Lissandra. Seguía odiándola como siempre lo había hecho y eso no iba a cambiar.

La semana anterior había ordenado a James que me buscara el detective más eficiente del país y me trajera los trapos sucios de Lissandra, el ojito derecho de mis padres. Era como si no hubiera ninguna otra mujer en la faz de la tierra digna de mí, solo ella, y como bien había dejado ya claro incontables veces, no estaba de acuerdo con nada de aquello, y pensaba luchar negándome a ello cada segundo de ser posible.

Debía escribir un discurso para mi cumpleaños, el cual tendría lugar dentro de poco más de un mes, y la hoja con el membrete real seguía en blanco. No podía escribir nada que no transmitiera al pueblo lo frustrado que me encontraba, tanto con mi vida privada como con la pública.

Los medios de comunicación se preguntaban por qué un Príncipe que iba a cumplir sus veintiocho años seguía sin una esposa. Según ellos debería al menos tener una prometida. Aunque en palacio todos supieran que yo llevaba toda la vida prometido a Lissandra, ese no era un tema al que la prensa pudiera tener acceso. Y

como no sabían ciertos temas sobre mi vida, surgían rumores sobre mi orientación sexual provocando un verdadero caos. No podía acallar a los medios. Amenazarles con demandas no iba a funcionar, con que intentaba tomármelo con humor. Desde luego estaba muy seguro de mi orientación sexual, simplemente me negaba firmemente a atarme a una persona a la que no podría soportar ni un solo día.

Alguien llamó a la puerta y levanté la vista de la hoja en blanco.

—Adelante. — Solté después de aclararme la garganta.

La puerta se abrió y por ella asomó James.

—Alteza, vengo a traerle los resultados de la investigación.

—¿Buenos o malos resultados? — Pregunté impaciente al ver la carpeta que llevaba entre sus manos.

Mi jefe de seguridad pareció dudar en si dármelo o no.

—Depende de por donde se mire... Y estoy completamente seguro de que no le gustará nada.

Extendí la mano hacia él para que me diera la carpeta.

—Eso lo decidiré yo, dámelo anda.

James volvió a vacilar dando un paso hacia atrás.

—Alteza yo no creo...

Erguí una ceja y volví a extender el brazo en su dirección.

—James, es una orden, ahora.

Él suspiró y me entregó la carpeta de color burdeos con el Escudo Real estampada en ella.

—¿Qué puede ser tan malo como para que reacciones así?

Apoyé la carpeta sobre la mesa de roble y la abrí. En la primera hoja volvía a salir el escudo heráldico de la familia. Seguí pasando varias hojas hasta que di con fotos de Lissandra enrollándose con otro.

—¡Ja! Te pillé —Grité contento hasta que pasé unas cuantas fotografías y descubrí quién era su amante. — Mierda... No puede ser, esto tiene que ser una broma.

Alcé la vista hacia James y él se encogió de hombros.

—Le dije que no le iba a gustar.

Me eché hacia atrás en el sillón, me tapé la cara y solté un grito frustrado para acto seguido soltar un puñetazo a la mesa.

—¡No puede ser!

02. CLASES DE ETIQUETA.

Que desgraciado el tiempo, que nos puso en el momento equivocado; nos dio alas sin ofrecernos un cielo.

Andrés Barroso

—¿Quién es éste? — Preguntó Dolce Swinger mirándome fijamente. Sabía que si respondía incorrectamente me daría con ese maldito abanico que llevaba de un lado a otro.

—Bruce Salazar, Rey de Saphir. —En cuanto esas palabras salieron de mi boca ella me pegó con una sonrisa diabólica dibujada en los labios.

—Mal niña, mal.

—Gadriel, segundo hijo del rey Fabián de Rubinrot. —Soltó Serena sin apartar la vista de su revista de prensa rosa.

¿Cómo podía aprender más rápido que yo cuando las clases solamente me las impartían a mí?

Estaba completamente segura de que se pasaba las noches en vela memorizando todo con la simple intención de dejarme en ridículo ante Madame Dolce.

Madame Dolce era la profesora de etiqueta y protocolo social que James dijo que conseguiría para nosotras, siempre y cuando se mantuviera en secreto.

Desde que me fui de palacio habían transcurrido más de cinco meses, tiempo suficiente para que Serena volviera al Palacio Real para recibir su recompensa. James la había convencido de que ese dinero nos ayudaría a salir adelante mientras yo me preparaba para volver a Palacio y recuperar lo que era mío por elección del Príncipe.

Debía estar preparada cuando volviera al Reino. Tenía como objetivo demostrar a la nobleza que no solo yo, sino cualquier mujer podría conseguir todo aquello que se propusiera sin ser frenada. Y ahora mi misión era demostrar a todos los que un día me juzgaron y no creyeron en mí que yo era mucho más que una simple mujer de campo, y que podía ser tan fina como me lo propusiera.

— ¿Y éste?

Miré la foto y sonreí. Por fin uno que me sabía bien. Rubio, ojos verdes, con un carácter ambiguo y primo tercero de Thomas.

—William Oliveira, de Granate.

Madame Dolce suspiró y asintió.

—Creo que ya basta por hoy, me has saturado con tantas equivocaciones. Más te vale espabilar o acabarás sin brazos de tantas caricias de mí querida Beck.

Beck era el tan odiado abanico con el que me pegaba todas las veces que erraba en alguna lección.

En numerosas ocasiones había fantaseado con quemarlo, pero dudaba mucho que eso fuera a mejorar las cosas.

Madame Dolce deslizó su silla hacia atrás sin hacer el más mínimo ruido y con elegancia grácil tal y como me había enseñado.

Una vez se había levantado, se alisó el vestido delicadamente. Luego me miró y esperó a que repitiera el mismo proceso, pero no tan grácil y elegante como ella.

Nos despedimos con un único beso en la mejilla y se marchó dejando claro que a la mañana siguiente continuaríamos. Sin muchas ganas de que me siguiera maltratando, acepté con un leve asentimiento de cabeza.

—Recuérdame, ¿por qué tengo que hacer esto todos los días? —Me dejé caer en el sillón entre un suspiro de cansancio.

Serena levantó la vista de su revista de moda y me miró divertida. Desde luego seguía siendo el mismo angelito diabólico de siempre. Le encantaba verme sufrir, aunque luego alegara que lo hacía con buena intención.

—Porque según tú tienes que demostrar a todos que puedes ser la Reina que buscan para el futuro Rey de este país.

Por si no os lo había dicho antes, Serena volvió al palacio a por el dinero que la Reina le había prometido por deshacerse de mí, y con una pequeña parte se había comprado una casa en la costa de Diamound, donde vivíamos como dos solteras a quienes no conocían de absolutamente nada, ya que Serena odiaba entablar conversación con vecinos. También era donde Madame Dolce me impartía las clases de etiqueta día tras día.

—Me pregunto qué estará pasando en palacio ahora mismo...

Suspiré intentando imaginarlo, pero no era capaz de concentrarme lo suficiente.

—Eso es fácil, Karol sigue intentando que Thomas se case con la princesa de Esmeralda, conocida también por Lissandra la pechugona.

Miré a Serena, que seguía concentrada en la revista Vogue.

—En serio, esa chica tiene las peras más grandes que las tuyas.

Rodé los ojos y me levanté para luego irme a la cocina con intención de prepararme un çay.

El Çay era una especie de té negro turco al que le había acabado cogiendo el gustillo tras un par de lecciones sobre cómo comportarse en un pisolabis entre las damas de la alta sociedad. ¿Cómo me iba a imaginar que llevaba toda la vida cogiendo mal la taza de té? Esas lecciones me estaban matando de hambre, y tenía la leve corazonada de que la Realeza por muchos millones que llevaran detrás, pasaba más hambre que un ratón callejero.

—Mañana Eduardo viene para vuestra sesión de footing...—Gritó Serena desde el salón haciéndome atragantar con el dichoso té.

Eduardo era el entrenador personal que Serena había contratado para ponerme en forma. No sabía quién era peor, si él o Madame Dolce. Acababa agotada cuando venía. Me torturaba con carreras de varios kilómetros, con ejercicios cardiovasculares, y el peor de todos: la cuerda de batalla.

En cinco meses, desde que todo acabó y una nueva historia empezó, había conseguido adelgazar ocho kilos. Entre tanto ejercicio y tan poca comida que se me permitía comer había conseguido bajar tres tallas.

Debía admitir que ahora me cansaba menos y me sentía mucho más liviana.

Después de todo, podía sacar algo bueno de todo eso. ¿O no?

—Genial—Susurré para mí misma depositando la mirada en las preciosas vistas de la costa de Diamound.

Todo se teñía de verde, naranja y rojo por el avanzado otoño y luego estaba el intenso azul del cielo que empezaba a pigmentarse de pequeñas tonalidades de naranja y rojo. Dentro de pocos días llegaría el invierno. Solo esperaba que el paisaje siguiera siendo tan hermoso como en ese momento.

¿Alguna vez he citado que me encanta admirar el cielo? Pues sí, me encantaba ver como cambiaba de colores al amanecer o al atardecer, como poco a poco llegaba a parecer un

auténtico lienzo pintado por Claude Monet. Realmente fabuloso y nostálgico cuando estabas a miles de kilómetros de tus tierras.

Bebí un sorbo de té y suspiré. Realmente echaba de menos la granja, sobre todo a mis padres, a quienes por cierto seguía mintiendo al decirles que todo era una auténtica maravilla en el reino de Diamound.

03. ODIO

El problema no son las drogas, ni el alcohol o cualquiera de las cosas malas que pasaron en tu carrera o cuando eras niño, el problema eres tú.

Bojack Horseman.

Miré a James sin saber qué decir. Tenía que ser una broma o un buen montaje lo que veían mis ojos azules.

— ¿Cómo puede eso ser cierto?

James se encogió de hombros y agachó la cabeza.

— ¿Desde cuándo sabías tú esto?

James volvió a encogerse un poco más.

—Palacio tiene demasiados ojos y oídos, Alteza.

Me eché hacia atrás en el sillón de cuero. Aquello tenía que ser una maldita pesadilla, no podía creerlo.

— ¿Todos están enterados de semejante vergüenza?

James, aun cabizbajo, se limitó a asentir.

—Repulsivo.

Golpeé el escritorio con el puño.

—Nadie se atreverá a decir nada Alteza. Todos aprecian y temen al Rey.

Me reí. Sí. Me reí porque no me quedaba otra cosa por hacer. Nadie diría nada porque se trataba del jodido Rey de Diamound. Soberano del reino más poderoso desde que tenía uso de razón. Empezaba a plantearme si de verdad nuestro poder era tal o solo se incrementaba cuando el jodido Rey, mi padre, se andaba acostando con pequeñas zorras manipuladoras como Lissandra Morgan, Princesa de Esmeralda.

—Pequeña zorra...—solté con repulsión evidente en la voz. — ¿Sabe la Reina esto?

James alzó las cejas y abrió la boca sin decir nada.

—Lo más probable es que no Alteza. Su madre vive en un mundo

completamente ajeno a los cotilleos de palacio. Ni siquiera se relaciona con sus doncellas.

Solté un suspiro aliviado. Desde luego sería doble traición que mi madre estuviera al tanto de los líos amorosos de Benjamin Price.

Volví a cerrar los puños aún inmerso en una ola de odio y repulsión. Le rompería la mandíbula con gusto en aquel mismo instante si pudiera, sin importar que fuera el hombre más poderoso del país o mi padre.

Me resultaba repulsivo que tuviera una aventura con Lissandra, con la mujer que más odiaba en la faz de la tierra. Pero lo que más asqueado me tenía era que insistiera

tanto en que esa vulgar zorra fuera mi futura Reina. ¿Qué pasaría ahora que ya sabía la verdad? Desde luego haría que mi madre se enterara. Iba a ser divertido ver como ambos rendían cuentas ante la persona más vengativa y despiadada que había llegado a conocer.

—James, haz que estas fotos lleguen a manos de la reina Karol...

Por el rabillo del ojo pude ver a James tragar duro mientras yo volvía a poner las fotos en su sitio y cerraba la carpeta que contenía el crimen de un Rey que acabaría pagando muy caro por su traición.

— ¿Está seguro de eso Alteza?

Sonreí maléficamente y alcé la carpeta a través de mi escritorio hacia James.

—No soy Dios, pero estoy casi seguro de que en la Biblia pone que todos debemos pagar por nuestros pecados.

James Swinger cogió la carpeta aún dubitativo sobre mi maléfico plan. Hizo una reverencia y se marchó. Solo esperaba que mi madre no fuera tan indulgente como yo lo estaba siendo en aquel mismo momento. Ella era la única que podía castigarle y salir sin siquiera un rasguño, o eso quería creer.

Siempre había imaginado que mi madre era el diamante en bruto que mi padre más apreciaba, pero ahora había sido testigo de que le iban más las esmeraldas baratas y fáciles de conseguir.

—Confío en que por una vez en tu vida harás algo correcto mamá. —Susurré para mí mismo apoyando los codos sobre la mesa y dejando mi cabeza descansar sobre las palmas de mis manos.

El día pasó sin muchos acontecimientos mientras yo esperaba oír cualquier grito o amenaza de muerte al Rey por los pasillos, pero eso nunca pasó.

Acababa de ducharme. Me había preparado para bajar a cenar como todos los días que me encontraba en palacio cuando vi a mi madre a lo lejos con el sobre real dirigiéndose al comedor. Sonreí de lado y la seguí.

Entré a tiempo de ver como mi madre tiraba la carpeta en cara del Rey y este abría los ojos como platos sin llegar a comprender que estaba sucediendo. La escena fue muy cómica ante mis ojos. Las fotos que contenía la carpeta cayeron sobre sus relucientes zapatos.

— ¡Fuera, fuera todos! —Empezó a chillar mi madre. Inmediatamente todos los empleados de palacio que se encontraban en la sala se apresuraron en salir, no sin antes hacerme una reverencia y marcharse por la puerta en la que me encontraba, sin tocarme.

— ¿Qué ocurre madre? —pregunté fingiendo ser ajeno a los acontecimientos.

Me fui acercando a ellos mientras mi padre se apresuraba a recoger las fotos como si tuviera miedo de que alguien además de mi madre las pudiera ver.

—Cerdo asqueroso, he hipotecado treinta años de mi vida en ti sin pensar un segundo siquiera en mis sueños y ahora me traicionas... Esto no tiene perdón Benjamin Prince.

Mi padre alzó la vista para mirar a mi madre a los ojos. Fue entonces cuando me arrepentí medianamente de mi acción. Los ojos de mi padre eran llorosos y parecía muy arrepentido de ello.

—Karol te juro que...

Mi madre le soltó una bofetada y luego otra más, pero en ningún momento él levantó la mano para empujarla, separarla o simplemente para pegarla. Di un paso más hacia ellos y la agarré separándola de él.

—Tienes suerte de que no me pueda divorciar de ti, y aunque pudiera, no os daría el gusto a ambos... Cerdo...

—Madre, ya basta.

Mi madre me empujó e hizo su camino hacia fuera de la sala aún alterada. La seguí con la mirada hasta que desapareció por la puerta. Luego miré a mi padre quien a simple vista parecía el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Por qué padre? ¿No había más mujeres o simplemente te van las zorras baratas?

Él tragó duro y respiró hondo. Hizo ademán de decir algo, pero se calló. Me lanzó esa mirada furibunda que me lanzaba siempre que estaba seguro de que yo había hecho algo mal y se marchó.

— *Bom apetit para você também meu rei.*

Me senté en la enorme mesa del comedor y cené solo y en silencio.

04. SANGRE Y SUDOR

Ojalá que se pusiera de moda volver a escribir cartas, decir poemas en las conversaciones normales y dejarse conquistar con los hechos

Quetzal Noah

Eduardo había venido a por mí a las cinco de la mañana, sacándome de la cama aún con legañas en los ojos. Sin mucha explicación me hizo subir a su coche y nos pusimos en marcha a donde fuera que me estuviera llevando en ese momento. Debí quedarme dormida porque lo siguiente que recordaba era haber sido despierta abruptamente.

Al abrir los ojos, algo aturdida, me encontraba frente a un gimnasio de boxeo.

Miré a Eduardo y este se apresuró a hacerme bajar. Parecía más entusiasmado de la cuenta, como un niño que iba a su tienda de chucherías favorita.

Una vez dentro me di cuenta de sus verdaderas intenciones. Quería hacer que golpeará un saco de boxeo hasta que dejara de sentir cualquier miembro de mi cuerpo.

Según él debía empezar a enfrentarme a mí, y para eso, debía proyectarme a mí misma en el saco. Me consideraba alguien demasiado insegura y «miedica», que debía empezar a superar eso. Quería que usara el saco de arena para desahogarme, que descargara en él toda mi rabia y frustración.

Hasta ese momento no me había parado a pensar que llevaba meses con una carga demasiado pesada sobre mis hombros. Las constantes clases de

Madame Dolce me tenían acongojada. Intentaba hacer todo lo mejor posible, pero no conseguía memorizar al dedillo todos los protocolos de clase social que me impartía día tras día, y menos cuando sabía que estaba Beck para golpearme cada vez que la respuesta resultara errónea.

Después de una exhaustiva y sudorosa clase de boxeo había aprendido diversos movimientos, con nombres demasiado raros para ser dichos más de una vez. Cuando por fin dio por terminada la clase del día, volvió a llevarme a casa.

De camino reiteró su explicación de los movimientos de los que me había estado hablando a lo largo de toda la mañana.

—El *crochet* es un golpe lateral con trayectoria paralela al suelo que se dirige al rostro del rival —decía él mientras conducía. Algunas veces me miraba para asegurarse de que aún estaba pendiente de la conversación. Bueno, la verdad era que de vez en cuando permitía mi mente divagar lejos de sus tácticas de boxeo. Estaba agotada, sudada y casi segura de que olía a pescado podrido.

—Alguna vez he dejado K.O a algún contrincante usando este golpe...

Desconecté. Solo quería llegar a casa, ducharme, comer y dormir durante una semana. No sentía los músculos de mi cuerpo. Los tenía todos entumecidos y estaba casi segura de que a la mañana siguiente me iba a ser imposible moverme de la cama, con que ya me preparaba mentalmente para decir no a cualquier plan que Madame Dolce o Serena pudieran tener para mí. Tan solo necesitaba un día de descanso o acabaría verdaderamente

enferma después de tanto sacrificio físico y mental.

Nada más llegar ante la casa miré a Eduardo con cierto temor.

—No siento las piernas.

Él se rio ligeramente y se apeó del coche para ayudarme a bajar. No podía creer que me encontrara tan mal como para necesitar ayuda de una segunda persona para llegar a la puerta de casa.

Eduardo, como todo un caballero, me ayudó a bajar. Luego apoyó casi todo el peso de mi cuerpo en él y así fuimos hasta la puerta. Él hizo sonar el timbre y esperamos a que nos abrieran.

Nathalia, la chica que Serena había contratado para hacerse cargo de los quehaceres de la casa nos abrió.

—Madame Alex... ¿Qué le ocurrió? Tiene un aspecto espantoso... déjeme que les ayude.

—Que delicada eres a veces Nat...—Comentó Serena acercándose desde otra habitación. No obstante, al verme, tuvo que dar la razón a la chica.

—Dios, hueles como si te hubiera vomitado una ballena. ¿Pero qué le has hecho?

Eduardo a mi derecha resopló, desde luego Serena le caía tan bien como el saco de boxeo que me enseñó a golpear aquella misma mañana.

—Mi trabajo, como debe de ser.

Ella arrugó la nariz mirándole ceñuda pero no dijo nada. Luego me miró y suspiró con pesar.

—Deberías ir a ducharte, Madame Dolce no tardará en llegar.

Emití un pequeño sonido quejoso y dejé que Nat y Eduardo me llevaran arriba para un baño relajante.

—Un baño caliente y luego una ducha de agua fría te ayudará a estar como nueva. —Me aconsejó Eduardo guiñándome un ojo como lo hacía habitualmente. Lo tomaba como un tic que no podía controlar, aunque a veces no estaba muy segura de que se tratara de eso.

Después de que se fueran y me dejaran sola al fin, me desnudé con dificultad y me metí en la bañera mientras se llenaba lentamente. Poco a poco se me fueron relajando los músculos y empecé a encontrarme un poco mejor. Hice lo que me aconsejó Eduardo y terminé con una ducha de agua fría para reducir la inflamación muscular producida por el intenso ejercicio al que fui sometida aquel día.

Nada más bajar las escaleras, con intención de comer antes de que Madame

Dolce llegase, fui sorprendida por Serena y la mismísima Madame Dolce, estaban ya colocando la mesa para una nueva clase. Respiré hondo, intentando recuperar fuerzas.

Tenía que ser una broma que fuéramos a tener clase de etiqueta en mesa cuando ni siquiera había podido comer.

Algo en mí cambió y pude sentir como una pequeña chispa de enfado se encendía en mí

interior. Había practicado durante toda la mañana boxeo y ahora me tocaba una birria de clase como aquella. No podía ser, estaba hambrienta y así me era imposible razonar para dar en el clavo con todas las exigentes acciones que se debía tener en una mesa. Solo quería comer... Oí mi estómago gruñir y al parecer ambas también porque desviaron su atención hacia mí.

—Oh, ahí estás querida...—Dijo Madame Dolce con una afable sonrisa. —¿Por qué no ocupas tu sitio en la mesa?

—No quiero...—Murmuré para mí misma con desgana mientras ordenaba a mi cuerpo que se moviera hasta la mesa perfectamente puesta con toda clase de parafernalia necesaria para una sesión de modales.

Suspirando, ocupé mi lugar mientras todos y cada uno de mis músculos se volvían a quejar. Miré a ambas mujeres que tenía frente a mí y forcé una media sonrisa cuando por dentro solo quería gritarles e irme a mi habitación por los siglos de los siglos.

05. A GRANATE

Me atormenta el hecho de que las cosas no salgan como las había planificado.

Frank Leftwich

Me había despertado con mal sabor de boca. Me sentía algo culpable por la situación que había provocado, pero no podía ocultar ese dato a mi madre. No defendía lo que había hecho mi padre. No estaba de su lado por el simple hecho de que me habían inculcado ser fiel a mis ideales y promesas. Y que hubiera prometido a mi madre serle fiel en todos los aspectos de su vida un día y que de pronto lo estropeará todo de aquella forma no me parecía correcto. No estaba bien.

Me dirigí al despacho, los últimos días estaban siendo demasiado tranquilos.

Había anulado mis compromisos de la agenda durante unos días hasta que consiguiera dar por finalizado el discurso de mi cumpleaños. Me estaba costando demasiado. No conseguía escribir ni una sola palabra. No tenía inspiración ni ganas de ponerme a ello. Bueno, tenía la ventaja de que podía encargárselo a uno de los asesores con los que contaba. Seguramente a ellos les saldría mucho mejor que a mi ese dichoso discurso. Sobre todo, cuando no tenía muchos motivos por los que agradecer.

Me senté en el sillón, me eché hacia atrás y apoyé los pies sobre el escritorio.

Crucé los brazos detrás de la cabeza para luego suspirar ruidosamente por la nariz.

Demasiada tranquilidad para mi cabeza. Necesitaba algo de diversión, una escapada...

Me incorporé adoptando una postura «correcta» sobre el sillón. Miré el globo terráqueo que tenía sobre el escritorio y lo hice girar.

Mientras éste giraba señalé con el dedo índice cierto punto, en cuanto se parara el globo algún país estaría bajo mi dedo y sería

exactamente donde me dirigiría cuanto antes, para huir un poco del clima tóxico de Palacio.

Cerré los ojos sintiendo cosquillas en la punta del dedo por el roce del globo mientras seguía girando lentamente hasta detenerse. Abrí los ojos y sonreí satisfecho al ver que Granate era mi siguiente destino.

Alguien tocó a la puerta y yo desvié la vista hacia allí sin perder mi sonrisa más ancha.

—Adelante.

La puerta se abrió y por ella apareció Naya con una taza en la mano.

Uh. Café.

Se acercó y lo colocó sobre el escritorio. Hizo una leve inclinación de cabeza y se volteó para irse. Estaba a punto de desaparecer por la puerta cuando la detuve.

—Naya dile a James que venga, por favor.

Ella sonrió levante y asintió.

—Como ordene Alteza.

En cuanto se fue removí la isleta de leche condensada que siempre depositaba al fondo del oscuro líquido. Sí, me gustaba el café con una gran porción de leche condensada, estaba exquisito y todos lo deberían probar.

—Eso me parece muy inoportuno señor...—Empezó a contradecirme James sobre un viaje improvisado.

—Oh, venga, será divertido ver a William. Hace tiempo que no le veo. Además ahora mismo necesito un poco de ese humor agrio suyo para ver que mi vida es mucho mejor que la suya y sentirme afortunado.

—Eso suena muy mezquino, Alteza.

Puse los ojos en blanco mientras me ponía en pie.

—No es muy bonito que juzgues a tu Príncipe, James...—dije mientras me acercaba a él con los brazos cruzados en la espalda fingiendo seriedad.

—No era esa mi intención Alteza, simplemente no está bien que vaya a ver al príncipe William. No le dará las respuestas que usted necesita ahora mismo, más bien le confundirá aún más.

Suspiré. Quizá tuviera razón, pero aun así decidí fiarme de mi intuición, como siempre solía hacer.

—Prepara el viaje James, quiero salir antes del anochecer...

James asintió no muy satisfecho al darse cuenta de que no había sido capaz de hacerme cambiar de opinión y se marchó a poner todo en orden para nuestra partida.

El viaje se me hizo excesivamente largo mientras cambiaba de postura una y otra vez en el asiento de cuero beige del jet privado que alquiló James para mi pequeña escapada. A la mini-escapada se unían dos guardias más, Simon y Niall.

Siempre elegía a Simon cuando nos íbamos fuera del país, pero Niall era novato y parecía bastante nervioso. Estaba seguro de que le daba miedo volar.

El hecho de saber su pequeño miedo me hizo sonreír inevitablemente. Todos tenían miedo a algo. James tenía miedo a las flores... ¿O era alergia? Bueno, no importa. Simon tenía miedo a los perros, un miedo absurdo a mi parecer.

Recosté la cabeza hacia atrás y suspiré. Odiaba los viajes tan largos, pero tenía la corazonada de que ir a Granate, reino del príncipe William Oliveira, me serviría de algo. Ya fuera con mi bloqueo para escribir el maldito discurso de cumpleaños, entender la carta de Alex o reencontrarme conmigo mismo.

Cuando el avión aterrizó y desabroché el cinturón de seguridad fui el primero en levantarme y dirigirme a la salida. Paré al principio de la escalera y tomé una gran bocanada de aire.

—Mirad como ha crecido el pequeñín de la familia—Me saludó Will desde el pie de las escaleras con una sonrisa macabra en los labios. El futuro Rey de Granate se veía mucho más mayor de lo que yo recordaba, y eso que solo me llevaba un par de años.

Bajé las escaleras con una sonrisa en la cara y luego le saludé con un choque de puños y un medio abrazo.

— ¿Qué pasa tío?

—¿Ahora usáis el «qué pasa tío» para preguntar cómo le va a uno? — se burló él pasando su brazo por mi hombro mientras me guiaba hacia el coche oficial.

—Eso parece, tío.

Ambos nos echamos a reír como cuando éramos niños y planeábamos alguna gamberrada contra algún miembro de palacio.

06. RENUNCIAR

En un momento llegará alguien que te invitará a salir para sacarte de tu rutina. Se reirá contigo frente al mundo. Se enamorará de tus gestos. Te querrá día y noche, y lo más importante, se preocupará de ti tanto como de él mismo.

Yerko Inostroza

—Primer paso...—repitió Madame Dolce sin mucho humor. —Vamos niña, la servilleta, la servilleta.

Suspiré lentamente y cogí con la mano izquierda la servilleta de tela blanca con preciosos detalles hechos a mano por algún artesano del pueblo.

—Mal niña mal...—Protestó Madame Dolce golpeándome con el abanico el dorso de la mano.

Solté un suspiro, me puse recta en la silla, volví a depositar la servilleta donde se encontraba segundos antes y empecé de nuevo cogiéndola con la mano derecha. Por el rabillo del ojo vi como Serena sonreía y Madame Dolce asentía conforme con mi acción.

Incliné la cabeza a un lado y con la mano izquierda retiré el adorno de plata que enrollaba perfectamente la servilleta. Dejé el adorno de plata al lado izquierdo del plato blanco de porcelana con toques dorados. Desdoblé la servilleta por la mitad, la deposité sobre mi regazo y miré a la maestra. Ella asintió satisfecha.

—Está bien querida, pero con más delicadeza. No todo hay que llevarlo a cabo con tanta brutalidad...

No lo pude evitar, rodeé los ojos. Un grave error, ya que Madame Dolce me propinó un rápido golpe con su abanico, lo que me hizo rechinar los dientes.

Estaba demasiado cansada para actuar «correctamente» como una dama o como estaban empeñadas en que me comportara. ¿Por qué se empeñaban tanto en cambiarme como ser humano? ¿Tan mal me comportaba para que Serena y Madame Dolce se empeñaran tanto en machacarme para ser una señorita «finolis»?

—Ya basta, estoy cansada, me duele todo y no pienso ser vuestro títere hoy...—

Me levanté arrastrando la silla ruidosamente hacia atrás. Tiré la servilleta de tela sobre el plato mientras dejaba a Madame Dolce boquiabierta.

—Alex, vuelve a sentarte y termina la clase de hoy. — Me aconsejó Serena señalando a la silla con el dedo índice.

—No, no me vuelvo a sentar, hoy no hay clase, se acabó.

Empecé a caminar hacia las escaleras cuando la voz de Madame Dolce me frenó en seco dejándome con la boca seca.

—Si das un paso más olvídate de mis clases, olvídate de ser una princesa y olvídate de ser una reina.

Respiré con dificultad, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Me dolía demasiado el cuerpo. Estaba exhausta tanto física como mentalmente y no pensaba volver a sentarme en aquella silla ante ambas mujeres para que siguieran machacándome. No estaba en mi

mejor momento. No lograba pensar con claridad, lo que me llevaría a salir de la mesa con más de un moratón provocado por Beck.

—A la mierda.

Oí más de una respiración contenida. Esa no era ni de lejos mi forma de actuar, pero estaba cansada. Solo quería tumbarme, dormir, dormir y dormir un poco más...

¿Qué pecado podría cometer haciendo eso?

Subí las escaleras con dificultad hasta el primer piso de la casa mientras mis huesos y músculos se quejaban amenazando con dejar caer toda mi estructura corporal. Empujé la puerta de la habitación, la cerré sin mucha cautela y caminé a modo *zombie* hacia mi calentita, suave y mullida cama. En cuanto me tumbé sonreí suspirando y cerré los ojos.

—Esto es todo lo que necesito...—murmuré a la almohada.

Morfeo no tardó en acudir a mí y yo me dejé arrastrar sin oponer la menor resistencia.

—*Me decepcionaste Alex, te necesitaba y te fuiste sin siquiera decírmelo.* —*La voz de Tom estaba cargada de dolor y remordimientos.*

—*Pero si te lo dije... Te dejé una nota.* — *Me intenté excusar, pero su cara seguía siendo la misma máscara llena de dolor.*

—*Una estúpida nota...*—*Se echó a reír por lo bajo iniciando una caminata por toda la habitación. Parecía reflexionar con cada paso que daba, como si buscara el motivo por el que se reía. De pronto se paró en seco y con eso su risa también.* —

Prometiste mantenerte a mi lado pasara lo que pasara Alex, en cambio, te fuiste cuando viste el primer problema.

Respiré hondo. Mi corazón se veía comprimido por una oleada de remordimiento, vergüenza, miedo, recelo... ¿Amor?

—*Thomas lo siento, yo solo tenía miedo de que después de todo esto no volviera a ser yo misma. Me estaba asfixiando aquí encerrada, solo quería ser feliz...*

— *¿Ahora insinúas que no te hacía feliz? Te elegí a ti, una « don Nadie» para ser una jodida princesa y eso no te hacía feliz... ¿Qué necesitas para ser feliz Alexandra Baker?*

Sus ojos azules ahora brillaban más que nunca. Se acercaba a mí a paso lento.

No podía moverme de mi sitio. Sus ojos azules habían conseguido clavarme en el sitio y mis músculos no reaccionaban.

—*Quería que me hicieras feliz tú, pero vienes con demasiados contras y pocos pros... Sólo quería un marido. Un hombre que me cuidara, me amara y juntos formar una familia...*

Él suspiró y me cogió del mentón levantando mi rostro para observarme bien.

—*Y yo podía haberte dado todo eso y más Alexandra...*

Tuve que negar con la cabeza, contradiciéndole. Desde luego él no podía darme lo que quería cuando sus padres le obligaban a mantenerme encerrada para que nadie se

enterara del caso que había tenido con una plebeya. Y el problema no era solamente que yo fuera una plebeya, sino que era una plebeya de otro país. Una mujer pobre y de campo. Sus padres nunca me aceptarían, y ese hecho haría que mi existencia siguiera por siempre bajo el anonimato.

Estar casada con él y en secreto no solo hacía que tuviera que renunciar a todo, sino que principalmente debía abandonar todo lo que conocía mientras no recibía nada a cambio por mi labor de mujer secreta del príncipe de uno de los países más ricos del mundo.

—No Thomas, al casarme contigo me casaba con un pueblo que no era el mío y me veía obligada a renunciar a lo que siempre había conocido... ¿Es qué no entiendes? — aparté su mano de mi rostro y la dejé caer. —No quiero renunciar a lo que fui, a lo que soy... No quiero renunciar a mi ADN para ser la Reina de Diamound.

Alguien tocó a la puerta interrumpiendo nuestra conversación... ¿O debería decir interrumpiendo mi descanso?

07. PELOS EN LOS HUEVOS

Te quiero ver rebelde, escribiendo un poema, pintando tu realidad, siguiendo tus sueños, haciendo algo en lo que casi nadie cree.

De salsa y tango, Quetzal Noah

— ¿Qué te trae por aquí?

Me encogí de hombros mirando por la ventanilla del coche. El paisaje nocturno de Granate hacía que todo se viera un poco más macabro, como en las películas de terror. El denso bosque se abría paso entre nosotros, y la luna llena alumbraba todo a su paso, como debía ser.

—Una mujer. —Me reí sintiendo la ironía de mis propias palabras.

Miré a Will, él sonreía de lado. Tenía una pequeña cicatriz en la ceja derecha que había sido provocada por mi espada cuando éramos pequeños. Jugar a ser caballeros cuando no tienes ni idea de cómo manejar una pesada y afilada espada trae algunas consecuencias. En nuestro caso las consecuencias fueron diferentes, a él le quedó una cicatriz de por vida y a mí un castigo en ese entonces. Éramos verdaderos trastos de pequeños, pero los castigos valían la pena.

— ¿Y no estamos todos aquí por culpa de una mujer?

Nos reímos y luego chocamos los cinco.

Sí, a Will se le daba muy bien ser el gracioso de los dos.

— ¿Y esa chica es de Granate? ¿No será ninguna de las hijas de Henry verdad?

Porque son feísimas.

¿Hijas del Lord Henry? Ay por Dios, como se le ocurre a éste preguntarme semejante barbaridad...

Las tres hijas del Lord Henry eran idénticas, morenas, unicejas y, si recordaba bien, incluso tenían bigote.

¡Puaj, no!

— ¿Estás de broma? —Me eché a reír a carcajadas. De verdad aquello tenía mucha gracia.
—No hombre, aún no me ha contagiado el mal gusto de este país.

Él puso los ojos en blanco y suspiró pesadamente. Nunca me cansaría de meterme con él por su mal gusto con las mujeres, como por ejemplo su tercera mujer.

— ¿Entonces quién es la noble afortunada?

Suspiré ruidosamente y volví a mirar el paisaje nocturno que ofrecía la carretera rodeada de bosque.

—No es una princesa, ni mucho menos llega a parecerse a una... Pero es preciosa, y... una traidora.

Hubo un silencio repentino donde ninguno de los dos habló. Tampoco había mucho que decir. Los tíos no sentíamos la necesidad de cotillear sobre la vida del otro como sentían las chicas cuando sus amigas les decían algo como aquello.

Sí, estaba allí por una chica. Por esa chica. Porque necesitaba respuesta a todas esas preguntas que rondaban mi cabeza desde la desaparición de Alex. Y estaba casi seguro de que Granate me ofrecería una solución a todos mis embrollos amorosos.

—Con que al niño le han roto el corazoncito. —Se burló Will dándome un codazo en el bíceps.

Le fulminé con la mirada y luego nos empezamos a pegar puñetazos amistosos.

Estábamos tan concentrados con nuestra pelea que ni siquiera nos dimos cuenta de que el coche se había detenido. En cuanto la puerta de mi lado se abrió, Will me lanzó al otro lado y acabé aterrizando de espaldas contra el duro suelo, entre risas.

Él se bajó del coche esquivándome para no pisarme. Se abrochó el botón de su americana y luego suspirando me tendió una mano para ayudarme a levantar. La acepté. Alisé mi traje azul medianoche, me peiné un poco el pelo que se había descolocado con la tontería y miré al frente.

—Bienvenido a mi palacio, pequeño Thomas.

Visualicé un castillo seis veces más pequeño que el de Diamound, aunque eso era normal. Ningún castillo albergaba las grandes dimensiones del palacio de Diamound.

Sobre todo, porque desde hacía siglos era el reino más importante de todos.

Por algo la piedra preciosa de nuestra casa era el diamante, el más duro, invencible o inalterable. En las puertas del palacio aguardaban la Guardia Real pacíficamente. Iban vestidos de rojo y negro con unos sinuosos sombreros hechos con pelo de avestruz. Will se puso en marcha y le seguí.

—Esto no ha cambiado en absoluto...—puntalicé lo evidente entrando y observando los detalles rojos y negros de las cortinas, los retratos de sus antepasados con la misma túnica, el mismo bastón de oro y la misma corona de plata con piedras de granate en representación de su casa.

—¿Cuándo estará tu retrato en estas paredes?

Will suspiró, se frotó las manos, se dio la vuelta de forma teatral y luego levantó las manos hacia arriba exasperado.

—Cuando me crezcan pelos en los huevos...—Se echó a reír y luego siguió caminando por el pasillo principal que llevaba a las escaleras en forma de V.

En ellas descansaban seis mujeres, tres a cada lado de la escalera. Todas lucían vestidos velvet con peinados estrafalarios.

—Bueno pequeño, te presento a mis seis mujeres. Sigo en la búsqueda de la séptima.

El reino Granate era el único que permitía que su futuro rey tomara a siete mujeres como esposas. Pero solo la séptima y última sería coronada como Reina, y solo cuando contrajera matrimonio con la última «le crecerían los pelos en los

huevos» o simplificando al cristiano: le coronarían como Rey legítimo del país. Su padre había muerto hacía más de siete años, pero aún no había ascendido al trono y ahora entendía bien el por qué.

—Príncipe Thomas Price de Diamond, le presento a mis esposas: Jade, Rosalinda, Charlotte, Emily, Mary y Katherine.

Les hice una breve reverencia a las seis mujeres de mi primo sin perder la sonrisa. Alguna que otra era guapa. Algunas tenían rasgos exóticos. Otras poseían curvas movedizas, y la última desde luego a simple vista no le veía ninguna gracia.

Esperaba que al menos tuviera más cerebro que mi padre.

—Encantado, espero que este patán os satisfaga a todas por igual.

—Desde luego. — Se defendió Will luciendo ligeramente ofendido. —Vayamos a comer antes de que decida echarle a los puercos.

Me reí, aunque sabía perfectamente que sería capaz de cumplir su promesa, mismo que luego volviera para sacarme del cuchitril.

08. UN DESPERTAR MOJADO

Ellos dicen que hay muchos peces en el océano, sin embargo, pocos se dan cuenta que vivimos en peceras.

Frank Leftwich

Oí la puerta abrirse y entreabrí los ojos. Vislumbré una silueta femenina entrar a la habitación y dirigirse hacia las ventanas. Inmediatamente adiviné sus intenciones y volví a cerrar los ojos, lista para quejarme mediante un sonido gutural.

—Levántate, llevas todo el día durmiendo y son las siete de la mañana...— habló Serena en voz alta a propósito.

—Cinco minutos más, mamá...— murmuré volteándome y tapándome la cabeza con la almohada.

Sinceramente no sé cuánto tiempo pasó desde que murmuré esas palabras, pero después de lo que a mi parecer fue un simple suspiro, me desperté completamente empapada. La bruja de Serena me había tirado un cubo de agua fría encima.

Me incorporé rápidamente sobre el colchón respirando entrecortadamente.

—¿¡Pero qué haces estúpida!?!— Grité despavorida.

Lo peor que le podía pasar a nadie era despertarse con tremendo susto. ¡No era justo!

—Cinco minutos, cinco minutos...— Se marchó canturreando una y otra vez mientras alzaba el bol que había usado para despertarme con semejante cariño.

—¡Te odio! —Grité a todo pulmón sacudiendo las piernas como si me estuvieran exorcizando.

Uff, la voy a matar.

Me levanté de la cama echando humos, literalmente. Me ardía la cara de la rabia que tenía. Además, estaba empapada de la cabeza a los pies. Caminé hacia el pasillo y luego me metí al baño cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Encendí el grifo de la ducha y dejé que el agua corriera para que se fuera calentando mientras yo me despojaba de las prendas empapadas.

¿Por qué tenía que ser tan zorra? ¿No podía ser una amiga normal? Una que te apoyara, te comprendiera, te defendiera... No, con ella la cosa no iba así, era una bruja que no dejaba de joderme con clases, con un entrenador que me estaba matando...

Mientras me quejaba mentalmente, me di cuenta de que seguía teniendo los músculos atrofiados, pero debido a la rabia contenida me importaba casi nada que me molestaran con cada movimiento. Me metí bajo la ducha y dejé que el agua tibia me fuera mojando el cuerpo desnudo.

Después de la ducha me sentía mucho más relajada, incluso había dejado de sentir deseos de matar a Serena, pero dudaba que esa paz interna fuera a durar mucho más.

¿Había hoy clase con Madame Dolce?

Esperaba con los dedos cruzados que no, seguía sintiéndome exhausta. Vale, había

dormido todo un día, creo, pero aun así seguía encontrándome mal.

A la hora de ponerme algo encima, me decanté por un vestido largo de cierre asimétrico de color esmeralda. Me peiné el pelo hacia atrás y bajé para plantar cara a la bruja que tenía por compañera de casa.

—Eres una maldita perra... ¿Lo sabías?

Ella se rio y siguió preparando el desayuno, sin voltearse a mirarme. No me enorgullecía usar semejante vocabulario, pero Serena se había pasado de la raya. ¿A quién se le ocurre hacer eso? Podía haberme muerto. Vale no, pero aún podía matarla por ello.

—Si me dieran un Real por cada vez que escucho eso...—Contestó y se volteó para ofrecerme una taza de té.

Lo cogí y miré su contenido. Era de un color verdoso sospechoso y teniendo en cuenta quien me lo ofrecía podría muy bien ser un veneno que me llevaría a una muerte lenta y muy dolorosa.

—¿Qué es?

—Té verde, ya sabes...

Alcé una ceja sin estar muy convencida, pero le di un pequeño sorbo. De algo habría que morir. ¿O no?

—Tendrás que pedir perdón a Madame Dolce por lo de ayer, dudo mucho que vuelva sin una disculpa.

Suspiré.

—Genial, no más clases—sonreí—. Por fin una buena noticia...

Ella colocó tanto su desayuno como el mío en la mesa y me invitó a sentarme para acompañarla.

—No es una buena noticia Alex...—Me contradijo llevándose un trozo de tostada con mermelada de tomate a la boca. — Dentro de muy poco volveremos a la capital, y sigues tan verde como ese vestido tuyo.

Hice una mueca y di otro sorbo al supuesto té. No sabía mal, al menos eso.

—¿Verde?

Ella suspiró y volvió a dar un mordisco a su tostada. Yo hice lo mismo. Estaba rico. Serena arreglaba todo con mermelada de tomate. De momento le iba bien, pero dudaba que todas las comidas se pudieran arreglar con esa cosa pringosa de color rojo.

—Parece que cuantas más clases te da, cuantas más cosas te tiene que aportar más te cierras. Es como si diera clase a un perro, solo escucha *bla bla bla* y nunca hace caso.

Puse mala cara.

—¿Me estás comparando con un perro?

Ella se rio y puso los ojos en blanco. Desde luego me estaba comparando con un perro. Nada en contra de esos animales, me parecían la cosa más mona del mundo, pero desde luego era una ofensa que me comparase con uno.

—Ay lo siento... ¿Te he ofendido? — se terminó su tostada sin dejar de mirarme a los ojos y luego volvió a sonreír. A continuación, se limpió una pequeña mancha de mermelada. — Hasta un perro es más listo que tú.

Abrí la boca consternada y la fulminé con la mirada.

—Hasta una pared es mejor amiga que tú, bruja.

—Oh, tu cariño me llega tan dentro... oh.

Rodé los ojos y terminé el té. Al parecer se había levantado con la misión de hacerme la vida imposible, una vez más.

—Anda come eso que dentro de cinco minutos Matthias nos viene a recoger.

Matthias era el muchacho que hacía de chofer siempre que nos tocaba desplazarnos. ¿He dicho que ahora Serena era así como rica después de haber aceptado el dinero de la Reina por librarse de mí? Sí. Estoy casi segura de que sí.

Bueno el caso es que era sábado, y los sábados tocaba ir a visitar a Madame Disick, la modista encargada de hacernos la ropa de cada semana. Tocaba ir a probar un vestido color azul Cenicienta que Serena había encargado para mí. Lo iba a usar en la gala del lunes, un evento con fines benéficos. En Diamound estaban muy concienciados con el medio ambiente y los animales. Y como no, no podíamos faltar.

Y más, cuando Serena quería que todos nos conocieran como las nuevas

«millonarias» de la ciudad. Aunque en verdad no lo fuéramos, a mi amiga le gusta vivir medianamente en la mentira.

09. PAJA MENTAL

Me abriste las heridas que ya daba por curadas con limón, tequila y sal.

Shakira/Dejavú.

Apreté suavemente el difusor del perfume y en cuestión de milisegundos millones de partículas se adhirieron a mi piel proporcionándome un olor más varonil.

Un último vistazo en el espejo y me dirigí a buscar a James. No lo había visto desde la noche pasada, cuando llegamos a Granate. Necesitaba saber si había sucedido algo en palacio desde mi partida. Quería estar al tanto en referencia a los castigos de a padre.

Hasta ese momento mi madre estaba siendo tan blanda como yo, pero tenía la leve corazonada de que muy pronto el Karma haría su parte y tendría que pagar por sus pecados.

—¿Alguna vez se le ha pasado por la cabeza que quizá la Princesa estuviera chantajeando a su Majestad? —Preguntó James tomándose una taza de café conmigo en el jardín del palacio. Tenían unas peculiares vistas hacia un río poco agraciado.

—¿Por qué le iba a chantajear? ¿Porque sus plantaciones andan más abundantes que la nuestra este año? Sandeces... Se habría buscado otro país para suministros... —
Di un sorbo al fuerte café e hice una mueca. Cogí la cucharilla del azúcar y le añadí dos dosis más. El café amargo no era lo que más me agradaba al despertar.

—Solo le doy más puntos de vista Alteza, quizá su padre no sea el más culpable en todo este desliz.

Desvié la vista hacia James. Llevaba una camisa de color blanco, un pantalón de vestir y unos mocasines. Ni americana ni corbata. Un poco informal a mi parecer, pero debería haber sido tan astuto como él, hacía un calor de mil demonios. No recordaba el bochorno que hacía aquí en verano, y claro, teniendo en cuenta que en Diamound

estábamos

a

principios

de

invierno,

no

tuve

eso

muy

presente.

—Maldito calor, prefiero los fríos vientos del norte que estar sudando como un pollo en el asadero.

—Se queja usted mucho Alteza. Debería ir a que le den un masaje, o que le hagan una copa, quien sabe quizá encuentre aquí la futura Reina de Diamound.

Puse los ojos en blanco y empecé a dar vueltas con la cucharilla a la taza del café.

Su

ironía

era

la

mejor

medicina

para

mis

quejas.

—Muy gracioso os creéis señor Swinger...

—No más que usted Alteza, y si me disculpa, tengo que ponerme al día con los cotilleos de palacio como bien me ha ordenado.

Will tenía un campo de Críquet improvisado en el jardín suroeste del palacio. Y allí nos encontrábamos. Yo con un bate en la mano y Will sujetando la pelota con aire vacilante.

Dos doncellas nos resguardaban del sol con unos pintorescos parasoles. En mi opinión eso era innecesario, pero mi piel empezaba a coger un color rojizo que no me gustaba demasiado. Estaba acostumbrado al calor, pero no al calor abusivo de Granate. Tres segundos bajo este abrasante sol y ya lucía como un tomate.

—¿Y tú por qué no te has casado aún? —Soltó Will después de un rato de haber empezado el juego. Un juego demasiado aburrido a mi parecer para participar tan solo dos personas. Si fuéramos once en cada equipo como decía el reglamento seguramente me estaría divirtiendo, pero claro, no disponíamos de tanta gente en ese momento.

—Es complicado...

—¿No estabas comprometido a la tal... Lissandra, Princesa de Esmeralda? —

Comentó él volviendo a golpear la bola un poco más lejos que la vez anterior.

Suspiré apretando con fuerza mi mano alrededor del palo del bate. No me agradaba lo

más

mínimo

escuchar

ese

nombre.

—Eso dicen, pero no me casaré jamás con esa víbora. —Golpeé la bola con tanta fuerza que se salió de la zona de Pitch.

Mi primo soltó una risilla y luego entregó el bate a una de sus doncellas. Se reajustó el pantalón que parecía caérsele y luego me miró a través de sus gafas plateadas con detalles granate.

—Siempre le tuviste manía a esa esmeraldina... Hubo un tiempo que pensé que estabas enamorado de George, y por eso la odiabas tanto. No pude evitar poner los ojos en blanco.

George era el hermano de Lissandra. El que ella misma había asesinado, aunque nadie tuviera pruebas de ello. Murió envenenado, y estaba al cien por cien seguro de que había

sido ella. Era la única con motivos para ejecutarlo. Además, solo una mujer usaría algo tan discreto como el veneno para matar a alguien. George iba a ser coronado Rey de Esmeralda, pero con su muerte el trono pasaba inmediatamente a sus manos. Claro, después de la muerte de Edmund, el rey de Esmeralda y su padre.

—Ella lo mató.

—Ves, esto es exactamente lo que diría un amante enamorado...—Le di un puñetazo en el brazo y se empezó a reír. Entre Will y yo siempre había bromas como

esas. Era como el hermano que no llegué a tener, ya que mi madre después de tenerme sufrió una fuerte depresión posparto de la cual le costó mucho recuperarse. En fin, que no tenía ni nunca iba a tener un hermano, pero al menos tenía a Will.

—Hablo en serio, esa chica no vale el piso por el que camina. Espero que Edmund tenga muchos años de vida, porque su Reino se irá al pique en manos de ésa.

Él puso los brazos en jarra inspeccionándome con la mirada, luego frunciendo los labios y se cruzó de brazos.

—¿Estás enamorado de la traidora?

Alcé una ceja confuso. No me esperaba esa pregunta y menos que se acordara de Alex. Sólo la había mencionado de pasada. Nada que llegara a una conversación en toda la regla.

— ¿Sabes esa sensación que tienes cuándo conoces a alguien que podría cambiarte la vida? Ella es así. No es una princesa, ni tiene dotes para serlo, pero tiene algo que te hace pensar que de verdad te puede cambiar la vida de la noche a la mañana.

—Wow, cada vez estás más mariquita macho.

Rechisté, ese chico no se tomaba nada en serio, era un caso perdido.

—Idiota.

—¿Y si cambia la vida por qué no estás con ella? ¿No se supone que a esas chicas se las conoce solo una vez en la vida?

Sonreí de lado pensando en ella hasta que recordé como huyó cobardemente dejándome solo una nota. No amaba a Alex, pero había llegado a ser alguien especial para mí. Desde luego lo era. En mi mente era la única que podía ayudarme a hacer frente a esa estúpida ley que pensaba revocar en cuanto subiera al trono.

—Huyó... Simplemente desapareció... Así, Pff—Hice un movimiento con la mano como si estuviera haciendo magia y él arrugó los labios.

—Tío tienes una paja mental que no puedes con ella...—Chasqueó la lengua y me dio la espalda alejándose hacia el castillo. — Anda, vamos a beber algo de alcohol antes de que te dé con ese bate en la cabeza, a ver si así vuelves a ser un hombre de verdad.

10. VESTIDO A MEDIDA

¿Alguien conoce el origen de ese hielo que paraliza la voz cuando se está frente a una persona que no hace más que maravillar a nuestra vista?

Memorias de un joven que escribía cartas. Quetzal Noah

El estudio de Madame Disick como siempre estaba minuciosamente limpio y perfectamente ordenado. Los vestidos estaban puestos por colores a lo largo de todo el loft. Por no hablar de los complementos que hacía presencia por todos los rincones.

Podía bien ser la habitación perfecta para cualquier mujer. Aunque, teniendo en cuenta que a mí me gustaban más los pantalones que los vestidos no tenía tan claro que pudiera llegar a ser algo que yo pudiera desear tanto como Serena o cualquier otra chica que conociera.

Siempre que íbamos Serena se volvía loca mirando todos y cada uno de los vestidos que se encontraban allí, en perfecto estado protegidos por un plástico. Según Madame Disick era por las manos sudadas o aceitosas. En mi opinión simplemente no le gustaba que se pusieran a toquetear todo si no tenían intención de comprar.

—Bienvenidas señoritas.

—Hola, Madame Disick. —Le saludó Serena acercándose a ella y dándole un beso en cada mejilla. Una costumbre a la que aún no me había acostumbrado. En nuestro país para saludar a cualquier persona solo dábamos la mano, y para mí eso era más que suficiente.

—Señorita Baker, le estaba esperando. Su vestido está casi listo...—Me examinó a través de sus gafas de diseño gatuno y señaló al probador. Debía deshacerme de lo que traía encima para probar el vestido que me había hecho ella misma para la gala benéfica del lunes. Caminé con paso lento hacia el probador. Mis músculos seguían quejosos debido a la actividad de la mañana pasada.

Me costó más de lo normal quitarme el vestido. Cada movimiento era un pequeño castigo y eso me hacía maldecir en silencio cada dos por tres.

Después de quitarme el vestido, envolví mi cuerpo en el albornoz que había en el probador y salí a la sala donde me esperaban las dos mujeres. En el centro de la sala había como una especie de plataforma de cincuenta centímetros a la que me subía siempre que había que confeccionarme un nuevo vestido. Los vestidos nunca habían sido mi prenda favorita, pero me gustaba que Serena se sintiera bien haciendo su habitual obra de caridad conmigo.

Nunca había estado tanto tiempo con Serena, antes vivíamos en el mismo pueblo y siempre la había considerado mi mejor amiga, por el simple hecho de que ninguna chica nunca se había acercado para conocerme o para hablarme, pero las entendía y

no las culpaba. De todas, yo era la menos femenina. Serena siempre había estado ahí, aunque fuera para burlarse de mí o para usarme cuando lo necesitaba, pero siempre había estado, y por ese motivo, mismo odiándola a veces, me costaba mucho alejarme de ella. Creo que a ella le hacía sentirse un poco menos mierda consigo misma por tratar a todos tan mal ayudándome a ser una «persona mejor».

Aunque rechazara aprender todos esos protocolos ridículos, que lo único que me enseñaba era que para ser aceptada por la alta sociedad debía crear muros entre mi verdadero yo y el que muestro al mundo. No me cabía en la cabeza que en los tiempos en los que andábamos la gente debiera ponerse una máscara para ocultar sus emociones y raíces para conseguir algo en la vida.

—El albornoz...—murmuró Madame Disick dándome la espalda y buscando algo con la mirada.

Se alejó hacia el fondo del loft para coger su cinta simétrica y algunos alfileres.

Por el rabillo del ojo vi a alguien entrar a la habitación y miré rápidamente hacia allí temiendo que fuera algún hombre y que me viera en un simple albornoz. Solo se trataba de Fiona. La ayudante de Madame Disick. Ni siquiera me había fijado en que no estaba.

—Hola señoritas. —Nos saludó entrando al estudio y dejando su bolso colgado en una percha. Luego se fue hasta el fondo de la sala para coger el vestido azul Cenicienta que me tocaba probar.

—El albornoz señorita Baker...—Me volvió a pedir Madame D en voz alta.

Me mordí el labio, suspiré con pesar y me lo quité con desgana. Tampoco había muchas opciones, debía probar ese vestido o el lunes Serena no me dejaría salir de casa, y menos ir a la gala benéfica con ella. Serena extendió la mano y cogió el albornoz con una media sonrisa en el rostro.

—Bien señorita B, ahora ayúdame y todo será mucho más rápido. —Me pidió Fiona con una gran sonrisa acercándose más a mí con el vestido en mano. Primero pasé los pies dentro del vestido y luego ella lo subió por mi cuerpo casi sin rozarme con sus fríos dedos. Madame D se puso a su lado y empezó a subir la discreta cremallera del vestido con escote corazón y hombros descubiertos.

Odiaba los vestidos con escote corazón, hacía que mis grandes pechos parecieran todavía más llamativos.

La modista se colocó ante mí y recorrió mi cuerpo con la mirada. Su siguiente acción me hizo mirar a Serena confundida quien irguió una ceja. Madame D chasqueó la lengua molesta.

¿Qué está mal?

—Ay chiquilla mía...— sacó unos cuantos alfileres sin dejar de chasquear la lengua y negar con la cabeza evidentemente disgustada. — Como sigas adelgazando de esta forma tan vertiginosa creo que nos vamos a tener que ver más a menudo.

Empezó a introducir algunos alfileres alrededor de mi cintura y cadera haciendo que el vestido se ajustara más a mi piel.

— ¡Ay! —chillé al sentir el pellizco de la punta de una aguja.

— *Perdoe-me*—Se disculpó ella en su idioma.

—Ten más cuidado Disick, esa chica vale más que todo tu patrimonio...—

Reprochó Serena alejándose hacia los ventanales.

La seguí con la mirada. Durante

todo el proceso se había mantenido ajena a lo que pasaba allí dentro mirando al exterior. Hacía mal tiempo, el cielo lucía encapotado y hacía mucho viento. Se notaba que el invierno se acercaba. El estudio de Madame D se encontraba al lado del mar y desde los ventanales se apreciaban unas vistas increíbles. Me encantaría quedarme allí de noche sola, simplemente para ver el anochecer, tendría que ser precioso.

—Muy bien B, hemos terminado, puede vestirse...

Fiona me ayudó a quitarme el vestido con cuidado para no hacerme daño con los alfileres y luego fui hacia Serena quien seguía plantada ante los ventanales.

—¿Serena?

—¿Hm? —Murmuró ella volteando el rostro hacia mí. Tenía los ojos rojos, o más bien llorosos.

—¿Qué te pasa? —Le pregunté ligeramente preocupada. No era precisamente alguien a quien se le viera las emociones así, todos los días.

—Nada.

Me entregó el albornoz que apretaba contra su pecho y se alejó hacia Madame D y Fiona, quienes esperaban para mostrarle unos diseños en los que habían estado trabajando para ella.

11. DE ALGO HAY QUE MORIR

No exponer el corazón en la batalla también equivale a perder la guerra.

Frank Leftwich

—¡Bourbon! — Vociferamos a la vez al barman, quien alzó su trapo en nuestra dirección.

Era el cuarto vaso de Bourbon que nos tomábamos en aquel garito llamado «Harry el sucio». Alguien parecía ser demasiado fan de Clint Eastwood, o eso daba a entender. Aunque, teniendo en cuenta que era un gran actor, no me extrañaría en lo más mínimo. Me encantaba la escena del mágnam y las seis balas. Un grandísimo actor de los setenta, sin duda.

El barman volvió a llenarnos los vasos. Los cogimos y luego brindamos, una vez más. El líquido se deslizó por mi boca dejando un suave rastro acaramelado en el paladar.

—¿Otro?

— ¡Otro! —Grité golpeando la barra con el puño.

Cuando salimos de palacio con la idea de beber unas cuantas copas, lo último que tenía en mente era que fuéramos a beber ocho copas y que luego saldríamos a buscar a las mujeres más bellas de la ciudad. Sí, lo que oís. Will había tenido la genial idea de que buscáramos a nuestra futura Reina patrullando la ciudad. Solo se trataba de una vil broma. Además no era que el alcohol ayudara a pensar con coherencia entre risas y tropiezos.

—Tranquilo, te voy a encontrar la mujer perfecta y luego me lo agradecerás...—

Dijo Will rodeándome el hombro con uno de sus brazos mientras caminábamos hacia la plaza de la ciudad.

—Genial. Te buscaré la más fea, ya tienes a chicas muy guapas por esposas...

Will se paró de pronto y me miró raro.

—¿Qué? ¿Te gusta una de mis mujeres o qué?

Me eché a reír. Desde luego mi comentario no iba por ahí.

—Nop.

—¿Te parecen feas? Oh, perdona, no están a la altura del príncipe de Diamound.

Erguí una ceja y negué con la cabeza.

—Sintiéndolo mucho, no.

Seguí caminando sin hacer mucho caso a las frases infames que me susurraba mi primo mientras yo ponía los ojos en blanco una y otra vez.

Y fue entonces cuando la vi, una chica de cabellos castaños ondulado caminando hacia el sur de la plaza.

—Alex...

Empecé a caminar hacia aquella chica de vestido amarillo con una cesta de mimbre en la

mano.

Era ella, tenía que ser ella.

—¡Alex!

La chica que caminaba de espaldas a mí a unos metros de distancia no se volteó ante mi llamada. Seguí caminando en su dirección. Ya cerca le cogí del brazo y le hice voltearse rápidamente. La chica me miró con una expresión de horror en el rostro. No era Alex, mismo teniendo su misma constitución corporal y el pelo parecido no era Alex.

—Lo siento señorita, le confundí con una amiga. —Me disculpé soltándole el brazo a la muchacha. Me volteé y volví hacia William quien contemplaba la escena tan confuso como la niña que intercepté.

—¿Qué ha sido eso?

Llegando a su altura, puse los brazos en jarra y suspiré. ¿El alcohol me estaba volviendo loco o la añoranza me jugaba una mala pasada?

—Creía que era Alex...

—¿Alex? —Will parecía no entender nada en absoluto, hasta que de pronto contemplando mi cara una bombilla se iluminó en la cabeza y de sus labios salió un

«ah» —. La traidora, ahora entiendo.

—Venga, volvamos a tu castillo, creo que ya he tenido emociones suficientes por hoy.

Will depositó su mano sobre mi hombro y lo apretó para impedir que diera un solo paso más.

Me sentía agobiado, asfixiado y sentía ganas huir una vez más. Aquella chica era idéntica a Alex, pero no era ella. No sabía si enfadarme por haberla seguido con la pequeña esperanza de que pudiera ser mi ex mujer o si sentirme desorientado al creer que pudiera siquiera encontrarla allí.

Alex estaba en Crystal, ella misma había dicho que volvía a casa... ¿Entonces por qué tendría que estar paseando por las calles de Granate?

No tenía sentido, nada tenía sentido. Seguía sin tener ni una sola palabra de mi discurso. Había bebido y Will quería que fuéramos a cazar mujeres.

—Venga hombre, acabamos de empezar el juego, no seas nenaza.

Rodeó mis hombros con su brazo y me obligó a caminar junto a él.

—Olvida el pasado colega, tú eres la esperanza del futuro...

Puse los ojos en blanco y le di un codazo en las costillas para que se apartara de mi.

—Cuando hablas haces que todo parezca fácil, pero no lo es, no soy alguien que perdona fácilmente.

—Oh Chico, deja de ser tan aguafiestas. Vamos a buscarnos unos chochitos. Dejo que te quedes con la que quieras pero alegre esa cara de perro sin dueño.

Rechisté, pero le seguí por medio pueblo mientras divagaba contando sus anécdotas sobre

sus escapadas de joven para cortejar a ciertas señoritas de la ciudad, que ahora resultaban ser sus mujeres. A diferencia de mi reino, el reino de Granate permitía que su monarquía se casara con personas que no dispusieran de ningún título Real.

Después de lo que a mí me pareció horas, volvimos a la misma plaza del pueblo y nos sentamos en un banco de madera a observar.

—Vas a cumplir veintiocho años. —Puntualizó Will.

—Lo sé.

—A estas alturas ya deberías estar casado. —Dijo en tono de reproche.

—Eso también lo sé.

Rechistó, pero mantuvo silencio un buen rato.

Miré a mi alrededor. La plaza antigua de piedra caliza estaba desierta a excepción de Simon, James, Niall y un par de guardias de mi primo. Cada uno miraba a un punto cualquiera sin prestar mucha atención. A excepción de James, quien miraba en nuestra dirección a través de sus gafas oscuras.

—¿Qué te parece una Selección? —Propuso con un entusiasmo jamás visto hasta el momento.

—¿Estás loco? Mi madre me mata.

—No necesita saberlo hasta que sea demasiado tarde... —Se rascó la barbilla y luego sonrió con el lado derecho de la boca. —Tu discurso será proponer una selección a todas las damas de Diamound.

—Ni hablar... —Me reí para luego suspirar ruidosamente por la nariz. —Me va a matar...

—Bueno, de algo habrá que morir.

—Y para algo hay que vivir— contradije.

Will me sonrió diabólicamente y por un segundo me sorprendí a mí mismo sopesando su descabellada propuesta.

12. AMOR DE MADRE

Los “algún día” y los “yo te aviso” siempre los recibirás de personas que no tienen ningún interés en cumplirte un ahora.

Yerko Inostroza

Después del estudio de Madame Disick, volvimos a casa. En todo el trayecto yo no aparté la vista de Serena. Se la veía cabizbaja y de bajón, nunca la había visto así, de hecho, muchas veces llegué a pensar que no tenía sentimientos. Existen varios factores que hace que cualquiera piense que no tiene corazón. Sobre todo, porque la mayor parte del tiempo se veía como el reflejo de la bruja mala del oeste. Pero, aquel día se veía incluso como un ser humano más.

—¿Qué te pasa? — Pregunté en un tono pasible mientras Nat nos abría la puerta.

—Nada— Replicó ella en tono seco.

Estaba más rara de lo habitual. Y aunque no fuéramos de esas amigas que nos sentáramos un sábado en el salón e hiciéramos una fiesta de pijamas, y aunque ella me hubiera puteado más que nadie en el mundo, no podía evitar preocuparme por ella. Lo sé. Parezco tonta y más cuando ella era cada vez más dura conmigo y encima disfrutaba con ello. No me consideraba mala persona y desde luego no quería verla mal, por muy bruja que fuera conmigo. Parecía bastante decaída y eso me hacía sentirme mal también, sin ningún motivo.

Al cruzar el umbral de la puerta se fue directamente al salón y se dejó caer en el sillón que habitualmente usaba por las tardes para leer algún libro recomendado por Madame Swinger o simplemente a tomar el té y pasar el rato.

No teníamos televisión, porque Serena lo consideraba como una distracción para mí, con que lo único que nos restaba era leer, estudiar etiqueta, usar el ordenador pocos minutos al día o salir a pasear por el prado.

Me senté en el sillón contiguo al de Serena y me acomodé suspirando suavemente.

—¿Seguro que no ocurre nada?

Ella levantó la vista hacia mí y me lanzó una mirada vacía y cristalina.

—¿Por qué te empeñas tanto en que te cuente algo cuando he dejado varios vestigios de que no te lo quiero contar? — Su tono molesto me irritó.

Eso me pasaba por intentar ser amable con esa bruja consentida.

—Soy tu amiga, obviamente me preocupo por ti y no parece llevar un buen día.

Serena se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—Amiga... tiene gracia...— se limpió con el dorso de la mano una lagrima que se le caía por la mejilla. — Es mi madre... ¿Vale?

Elevé una ceja, sin llegar a entender que tenía Jenna Vich ver con eso. Había visto a Jenna como mucho unas dos veces desde que conocía a Serena. Casi nunca estaba en casa, siempre estaba de juerga con algún mozo que pasara por la ciudad.

Jenna no se dedicaba exactamente a algo que a Serena le enorgulleciera nombrar, pero era

su madre y se había mantenido a su lado aun cuando sus hermanos se habían ido, dejando a ambas solas.

Serena había permanecido a su lado a pesar de los problemas que se llevaba a casa, hasta que yo decidí venir a Diamond. Nunca me había parado a pensar en que Serena había renunciado la única cosa que parecía importarle al menos un poco hasta ese momento.

—¿Qué le pasa a Jenna?

Serena sonrió, pero sus ojos siguieron tristes.

—Hoy es su cumpleaños...

Abrí la boca levemente formando una O, silenciosa.

—¿No la has llamado?

Serena negó firmemente con la cabeza y luego se tapó la cara con ambas manos, para segundos después darse pequeños toques con las yemas de los dedos en su rostro.

—La he dejado, de sus tres hijos ella solo contaba conmigo para obligarla a estar más o menos lúcida y lejos de las drogas, ya sabes...— hizo su mano girar en el aire quitando importancia a todo aquello.

Su madre tenía muchos problemas, se ganaba la vida de una forma muy poco honrada. Y era por ese motivo por el que a mis padres no les hacía gracia que yo fuera amiga de Serena. Porque su madre vendía su cuerpo por un poco de juerga y sustancias tóxicas. Sí, a mis padres no les gustaba Serena. Siempre habían intentado mantenerme lejos de ella, pero como buenos cristianos intentaban mantener a Serena lejos del saco de «gente basura» en el cual estaba metida su madre.

Mi padre era el más crítico. Nunca dejaba que Serena fuera a casa y tampoco me dejaba ir a la suya. Aun así, lo hacía de vez en cuando, por ejemplo, cuando llevaba mucho tiempo sin verla para asegurarme de que las cosas fueran bien. A mi madre le parecía bien que yo me preocupara por ella, mismo estando de acuerdo con mi padre de que no debía mezclarme con ella más de lo debido. Aun así, seguía sin entender porque mi madre llamó a Serena para decirle que yo me iba del país, y para que me acompañara. ¿Por qué lo habrán hecho? ¿Sería porque no tenía más amigas y no se fiaban de mi sola en otra parte del mundo? ¿Para que Serena me cuidara? ¿Con qué motivo?

Suspiré y me levanté para acercarme a ella, lo que no la convenció y se levantó alejándose hacia el otro extremo del salón.

Serena era alguien demasiado orgullosa para dejar que alguien se compadeciera de ella.

—Mi madre no es como tus padres, ella no cree en el perdón...—se le cortó la voz y empezó a abanicarse la cara con las manos. Luego se rio y se volvió hacia mí.

— Olvida lo que dije... estoy en mis días.

Esbozó una sonrisa ancha y luego se marchó de la estancia.

—Serena...— la llamé, pero ya era demasiado tarde.

Estaba tan centrada en mis problemas, en revelarme contra ella y Madame Dolce que se me olvidó por completo que no era la única que cargaba con mil demonios a sus espaldas y que tampoco era la única que había dejado gente atrás para intentar conseguir algo imposible.

Miré a mi alrededor y busqué el teléfono de la casa. Hacía más de una semana que no hablaba con mis padres, y ver a Serena tan sentida con respecto a su madre también me hizo añorar a la mía.

Tres pitidos después la tan conocida y cálida voz de mi madre inundó mis oídos e hizo mi corazón encogerse de felicidad. Esa era mi hora favorita de toda la semana.

—Hola mamá. —Dije con voz de pito debido al nudo que se depositó en mi garganta.

13. VENGANZA

¿Tienes miedo de entregarte porque cuando lo haces terminas dando todo sintiendo que se repite la misma historia donde ese alguien no te corresponde?

Guadalajara mi amor, Quetzal Noah.

—Ya sabía yo que venir aquí era una muy mala idea...—Se quejó James cuando le conté la «brillante» idea de William.

—Lo que no entiendo es cómo no se me había ocurrido eso antes... Una selección. James negó con la cabeza firmemente.

—Una pésima idea Alteza, muy mala...

Me reí un poquito. Para James todas mis ideas eran malas, bueno la idea no era precisamente mía, pero me parecía perfecta. Mataba dos pájaros de un solo tiro.

Escribiría mi discurso referente a la selección que tendría lugar el mismo día de mi cumpleaños, y BOOM: sorpresa mami.

Por fin ibas a tener todo lo que siempre has querido: una princesa para mí.

Puede que no de la forma que ella siempre se lo había imaginado, y mucho menos con la candidata que ella eligió antes de que yo naciera, pero iba a suceder y nadie olvidaría mi osadía. Porque desde luego era osado proponer eso, y más sin siquiera avisar al Consejo, la prensa, al país y a todas las solteras de él.

—Deberíamos ir a visitar a Alex en Crystal, quiero hacerle la invitación formalmente.

James se giró rápidamente hacia mí y se quedó de piedra. ¿Qué le pasaba? Estaba actuando como si le hubieran metido un palo por el... en fin, estaba más tenso de lo que solía ser normalmente.

—Alex... Alteza...

Alcé la mano poniendo fin a sus protestas y se calló al instante para luego asentir.

—Prepararé todo para el viaje, pero que quede claro que estoy completamente en contra de todas estas locuras, y si me preguntan algo, seré completamente sincero y le echaré toda la culpa.

Me eché a reír. Si fuera cualquier otra persona le habría soltado el sermón de que nunca debería contradecir a su Príncipe y simplemente asentir y hacer lo que se le ordena. Pero James no era solamente el jefe de mi grupo de guardaespaldas, también era un amigo y consejero. No podía despedirle, aunque quisiera, le acabaría echando de menos. Exactamente como lo hacía con la traidora de Alex en ese momento.

¿Hacía bien yendo detrás de ella para aclarar las cosas y darle una segunda oportunidad? Mi mente decía que no, mi corazón aconsejaba lo mismo, pero mi

cuerpo opinaba algo completamente diferente. Iría a Crystal, dejaría que se explicara, le daría otra oportunidad. Pero no te equivoques, no la perdonaré tan fácilmente, no se lo merece. Yo confiaba plenamente en mis instintos, aun sabiendo que podía volver a equivocarme con ella.

En cuanto James se marchó me tumbé en la cama y acabé durmiendo a pierna suelta. Demasiado alcohol, demasiadas cosas en la cabeza, necesitaba descansar, aunque fuera solo un ratito.

A la mañana siguiente cuando me desperté seguía con la ropa de calle, ese traje arrugado y desaliñado me hizo arrugar la nariz.

Me levanté con pesar ya que me dolía levemente la cabeza debido a la resaca y fui al baño a asearme. ¿Habría hecho algo la noche pasada del que debiera arrepentirme esa mañana? Esperaba no haberme casado nuevamente, porque desde luego pensaba divorciarme nada más enterarme.

Alguien tocó a la puerta en el momento justo que envolvía una toalla alrededor de mi cintura.

—Adelante.

James asomó la cabeza para luego entrar.

—Ya está todo listo para marcharnos a Crystal, en cuanto su Alteza lo disponga.

¿A Crystal? ¿Por qué iba yo a querer ir a Crystal?

— ¿Qué?

James me miró alzando una ceja.

¿Acaso no se había dado cuenta que la noche pasada iba como una *cuba*? Debía estar muy mal, tanto como para pedirle eso como para no acordarme de mucho.

¿Había visto a Alex o había sido un sueño? ¿Era otra mujer?

—Alteza, me pidió ayer que agilizara un viaje para Crystal el día de hoy, según me ha contado por la noche tiene pensado pedir a la señorita Baker que vaya a su fiesta de cumpleaños.

Solté un respingo. ¿Por qué iba a hacer eso? No quería ver a Alex... ¿O sí?

— ¿Por qué iba a querer yo eso?

James se rascó la nuca, confuso.

—Siento decirle esto Alteza, pero solo los niños y los borrachos dicen la verdad y ayer el Príncipe parecía muy dispuesto a perdonar a la señorita Baker.

Solté una carcajada. Sí, desde luego estaba como una maldita *cuba*. No perdonaría a Alex ni aunque me lo pidiera de rodillas y entre lágrimas. Aunque pensándolo bien, no estaría mal ir a verla y que me explicara exactamente qué tenía en la cabeza para hacer semejante estupidez. Verla, hablar con ella y escuchar de su

propia boca la excusa más banal pensada nunca para justificar sus actos mejoraría mi humor.

Me había levantado con un peculiar sentimiento de venganza recorriendo por mis venas. ¿Me estaría volviendo malo al querer vengarme de la gente? Había empezado por mi padre con un acto mezquino y retorcido, y ahora tenía ganas de vengarme de Alex haciéndola sufrir las incertezas que me había hecho padecer durante meses.

—Sabes qué... lleva las maletas al coche, es hora de hacer una visita a los Baker.

En ese momento mis ojos debían de tener un brillo extraño porque casi podía jurar que vi a James tragar duro.

—Permítame aconsejarle Alteza...— cruzó sus manos detrás de su espalda en plan formal.

—A veces vengarse de la gente a la que quieres, no trae más felicidad de la que ya dispone. Alex es una buena chica, piénsalo bien.

Antes de que pudiera abrir la boca para decirle dónde podía meterse su consejo ya se había ido. No estaba de humor para consejos, para críticas y mucho menos para conversaciones. No era un buen día para intentar razonar conmigo, y mucho menos sobre traiciones. Me miré en el espejo y mis ojos azules se veían rojos y cansados.

Con la mano me peiné el pelo mojado sin apartar los ojos del chico que me devolvía la mirada al otro lado de la superficie pulida.

14. PERRITOS

Juega con fuego, quémate, crea un incendio dentro de ti y no permitas que alguien más lo apague, a menos que decida vivirlo contigo.

Johan Vides

El vestido había llegado el lunes a primera hora de la mañana en una caja enorme con un lazo perfectamente elaborado. Si no supiera lo que era podía muy bien tratarse de un regalo.

Al bajar la escalera aún somnolienta esa mañana y ver la caja del vestido, suspiré.

No me apetecía ir a ese evento mismo a sabiendas de que era por una buena causa.

¿Debería al menos estar encantada de lucir aquel vestido no? Pues no, no del todo.

Era algo totalmente ajeno a mi, ya que siempre había preferido ir cómoda a fanfarronear por una prenda.

Esa mañana había vuelto a amanecer con el cielo nublado, eso debería empeorar mi estado de ánimo, pero no fue precisamente así. Me gustaba el frío y la lluvia tanto como el sol y el cielo despejado. Así que no había quejas.

—En cinco minutos llegará Laura, lo mejor es que te vayas a duchar, así no perderemos más tiempo de lo necesario. —Replicó Serena volviendo a ser la misma de siempre.

Desde que se había «desahogado» conmigo había empezado a estar arisca, fingiendo que no pasaba nada y contestando mal a todos. Era alguien demasiado orgullosa como para dejar que me preocuparan de ella, y mucho menos para dejar que la viera como una víctima. Cosa que no era así. Pero a veces, por no decir nunca, sabía que se le pasaba por la cabeza.

Esa mañana había bajado a desayunar con la cara llena de crema de pepino y varios rulos en la cabeza. Cuando la vi no pude evitar soltar una risita. Era digno de hacerle una foto y enviar a una revista de moda bajo el título: cosas por hacer antes de una fiesta. Seguramente más de una seguiría esos mismos pasos antes de un evento.

Me acerqué al armario y cogí un bote de galletitas saladas.

—Eso tiene muchos carbohidratos, niña.

Le hice carantoñas antes de coger un par de galletas, guardar el bote y alejarme hacia mi habitación.

Después de la ducha, me envolví en un albornoz de algodón y salí. En mi cuarto me esperaba Laura con un maletín donde traía sus accesorios de pelo y mucha variedad de maquillaje.

La saludé con dos besos en la mejilla. Me senté delante del tocador y ella se

puso manos a la obra. Mi pelo era muy fácil de arreglar, solo tenía que hacerme unos cuantos tirabuzones con el rizador, y listo. Mi maquillaje siempre tan básico que apenas se notaba que lo llevaba, a excepción de un pintalabios rosa Sassy.

Con ayuda de Laura me introduje en el vestido azul Cenicienta, el cual a diferencia del otro día se ajustaba a mi cuerpo a la perfección. Lo más seguro era que Madame Disick

hubiese pasado todo el domingo arreglando las medidas, y lo había conseguido, porque quedaba perfecto.

—Gracias Laura. — Se lo agradecí con una enorme sonrisa a través del espejo y ella me devolvió una todavía más grande.

Era una chica muy simpática, bajita y sus rasgos me recordaba a Campanilla. Y no lo decía por su sedosa melena rubia ni por sus increíbles ojos azules, sino porque tenía la misma gracia que el personaje de Disney.

Bajé las escaleras despacio, no solo porque mis músculos siguieran tocados por la actividad de días atrás, sino porque el mismo vestido pesaba lo suyo. Serena ya se encontraba abajo, lucía preciosa con su vestido de alta costura y su peinado semi recogido. Parecía algo nerviosa mientras llevaba una taza de café a la boca. Sí, estaba nerviosa, pero lo sabía disimular muy bien.

Minutos después Matthias llegaba para llevarnos hasta el emplazamiento del evento.

—Deja de morderte las uñas, es una manía asquerosa. — Soltó Serena dándome un pequeño empujoncito con el hombro.

Nunca había tenido esa manía, pero últimamente siempre me veía

mordisqueándome las uñas cuando estaba ansiosa. Era imposible no sentirse así en un momento como aquel, íbamos a una gala benéfica y no sabía muy bien que podía pasar. Tenía entendido que habría una subasta de cuadros antiguos y que lo vendido lo donarían a la fundación de perros abandonados. Era una gran causa. Salvar a perros que no tenían hogar era una buena forma de concienciar a la gente para adquirir una mascota, para hacerles compañía. Además de darles un hogar a esos animales que fueron abandonados de la manera más cobarde, tendría un amigo para toda la vida.

¿Existe acto más bonito?

El otro día me había metido en su página web para conocer la historia de algunos de los perros que estaban en adopción. Me había enamorado de un perrito con cara de simpaticón, llamado Bob. Lo habían abandonado tras el divorcio de sus dueños. Cosa que me hizo sentir una rabia tremenda. ¿Cómo puedes abandonar a tu mascota porque te vayas a divorciar? ¿Es que ninguno podíais quedaros con él? Eso me costaba creer, era como si me casara con alguien, tuviéramos un hijo y al divorciarnos nos diéramos cuenta de que ya no queríamos a nuestro hijo y lo dejáramos tirado en una cuneta cualquiera. Simplemente inaudito.

Días atrás le propuse a Serena la idea de adoptarlo, pero su respuesta fue rotunda.

—No.

Entreabrí los ojos e hice una mueca.

—¿Por qué no?

Ella rodó los ojos y pasó la página del libro que estaba leyendo. Era *La Abadía de Northanger* de Jane Austen. Llevaba varios días leyendo aquel libro como quien saboreaba cada palabra en él escrita.

—Porque los perros son sucios, además se mean en casa...

—Bruja...—murmuré para mí misma apartando la vista de ella.

—Además me gustan los gatos.

Ese comentario me cogió por sorpresa. Señor Rufus nunca había sido de su agrado.

— ¿Y eso desde cuándo? —Pregunté poniéndome recta y mirándola expectante.

Ella alzó la vista hacia mí y sonrió diabólicamente.

—Desde que he decidido llevarte la contraría.

Solté un suspiro y le tiré el primer cojín que pude alcanzar mientras ella se reía como una lunática. Llevarme la contraria era su pasatiempo favorito, no hacía ni falta que me lo jurara, lo tenía muy claro.

15. ALEX NO ESTÁ, ALEX SE FUE.

Juro que en sus ojos nunca se dejó de reproducir mi canción favorita.

Benjamín Griss

El viaje se me había hecho eterno. Granate estaba a tan solo tres horas de Crystal, pero la ansiedad me estaba pasando factura. No me consideraba una persona precisamente conflictiva, pero en mi cabeza ya había tenido varias conversaciones con Alex sobre sus verdaderos motivos para irse. No me convencían al cien por cien las palabras que había escrito de despedida. Vale, una parte de mí no hacía más que justificarla, sobre todo porque me había sentido afortunado de conocer alguien tan noble y haberme visto envuelto con ella. Esa parte de mí la justificaba simplemente por haber conocido sus mejores facetas, quería creer que Alex era más que un adiós tan hipócrita.

Miré a través de la ventanilla del avión y observé las esponjosas nubes, todo parecía tan surreal desde allí arriba. Crystal no era ni de lejos el país más impresionante que había visitado en mis incontables escapadas, pero tenía algo que siempre me hacía volver una y otra vez. Era uno de los cincuenta y ocho países que no disponían de una anarquía en el poder desde 1865, estaba entre los treinta más pobres del mundo y aun así seguía conservando un encanto rústico potencialmente turístico.

Sus manantiales invitaban a volver para disfrutar de las experiencias. Además, su ruta por dunas de arenas desiertas era única.

Cuando aterrizamos respiré una gran bocanada de aire árido y re Coloqué mi corbata en su sitio. No sabía si mi nerviosismo era evidente o no, pero cuanto más cerca estábamos de llegar a la ciudad de los padres de Alex más cansado mentalmente me encontraba. Demasiados diálogos en mi cabeza donde sus excusas podían llegar a tener un perdón.

No me consideraba alguien que guardara rencor hacia otras personas hasta el punto de querer irme a la tumba sin perdonarlas. Estaba dispuesto a escuchar a Alex y darle otra oportunidad si los hechos así lo requirieran. De hecho, estaba dispuesto a escuchar incluso a mi padre, a escucharle y a considerar su versión de la historia. Sí, estaba dispuesto a empezar de cero en todos los aspectos de mi vida. Ya sabía que ir a Granate me traerían cosas buenas. Me había hecho pensar bien qué quería para mi futuro, y aunque la idea de convocar una *Selección* por parte de Will no fuera tan mala, esa opción había sido

rechazada por la corte en 1967. Dudaba mucho que me la fueran a conceder justo a mí. Y menos cuando mi madre tenía fieles seguidores que votarían en contra de esa locuaz idea.

¿Qué pensaría el pueblo si de pronto su príncipe invocaba una *Selección* para casarse? Pensarían que no era capaz de encontrar una mujer por mi cuenta, además se preguntarían por qué saltaré siglos de tradición al no querer casarme con Lissandra.

¿Qué les diría cuando preguntasen el motivo por el cual rechazo a la princesa de Esmeralda? ¿Les diría que es una asesina? ¿Con qué fundamento? No tenía ninguna prueba para acusarla sobre el asesinato de su hermano. La prensa me criticaría por levantar falsos testimonios sobre una dama de la *alta society*. Tampoco podría entregar las evidencias del engaño de mi padre, porque no solo mancharía la reputación de Lissandra, sino que también salpicaría a la de mi familia. Y traición o no, debía proteger la reputación de mi familia, no solo porque llevaran la misma sangre que yo, sino porque mi reinado dependía de ello. No necesitaba ninguna reforma anarquista justo cuando me tocara alzarme al poder.

—Dentro de poco llegaremos...—La voz de James sonaba lejana mientras mis pensamientos divagaban por el paisaje que pasaba a toda velocidad por la ventanilla del coche.

Suspiré, aparté la mirada del exterior y miré a Simon. Iba conduciendo el *Chrysler* que habían alquilado para esta rápida visita. Al menos esperaba que fuera rápido, necesitaba volver a casa y ponerme manos a obra con todo lo referente a mi cumpleaños.

Había más cosas por hacer de las que realmente quería admitir. Confirmar la lista de invitados, aunque era mi madre la que siempre daba el visto bueno final. Me quedaba el discurso por hacer y el catering por revisar. Al final no era que me fuera a quedar parado mirando como hacían todo sin que yo pudiera siquiera opinar.

—Hemos llegado —anunció Niall bajándose del coche para abrirme la puerta.

—¿Estás seguro de lo que va hacer? —Preguntó James ladeando la cabeza hacia mí.

—Tampoco es como si tuviera muchas opciones...—Murmuré al ver como la puerta de la casa de los padres de Alex se abría y por ella se asomaba Patricia Baker, la madre de Alex.

Me apeé del coche, abroché la americana y respirando hondo hice mi camino hasta el porche de los Baker.

—Que placer volver a verle príncipe Thomas...

Me saludó Patricia con una media reverencia y una sonrisa cálida como el verano. Al menos ella se alegraba de verme, me pregunté si su hija reaccionaría de igual manera.

—Patricia estás radiante...— Le halagué con sinceridad. Llevaba un traje azul cielo algo desgastado, y su pelo castaño estaba recogido en una trenza.

Ella sonrió tímidamente y luego desplazó su mirada hacia el coche que tenía detrás.

— ¿Y mi niña? ¿No le ha acompañado?

Me volteé para seguir su mirada y lo único que vi fue a James hablando por teléfono, pero a excepción de él solo estaban los chicos, nadie más.

—¿Alex? — Pronuncié con recelo haciendo una mueca como el lobo feroz. —

¿Por qué iba Alexandra estar conmigo?

Su madre volvió a mirar al frente un poco confusa, la pobre mujer parecía tan o más desorientada que yo. Era difícil situarnos en un mismo contexto. ¿No se suponía que debía estar aquí en Crystal con sus padres tal y cómo había escrito en la carta que me dejó? ¿Entonces por qué a su madre le sorprendía tanto que no estuviera conmigo?

—El sábado hablé con mi hija...—Se le cortó la voz mientras ella volvía a mirarme a la cara. En su mirada algún brillo se le había apagado, ya no sonreía y parecía que le costaba hablar. —Ella se veía muy contenta, había dicho que Serena y ella habían ido a probar unos vestidos para ir a una fiesta... Dijo que las trataban bien y que estaba muy contenta contigo...

Esas palabras fueron como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo podía ser tan mentirosa? ¿Cómo podía mentir a sus padres cuando parecía tenerles tanto respeto?

Ya no te conozco Alexandra... Si es que algún día te llegué a conocer. ¿Cómo puedes ser tan asquerosamente mentirosa?

—Siento decirte esto Patricia, pero hace casi seis meses que no sé nada de Alexandra.

Ella me miró por un momento como si no fuera capaz de verme, luego se tambaleó y tuve el tiempo justo de cogerla antes de que se precipitara al suelo.

—¡James, ayúdame! —grité mirándole, parecía muy entretenido con su llamada

por teléfono. Me miró durante un segundo y al siguiente colgó el móvil y vino a ayudarme a llevar a la señora Baker dentro de la casa.

16. NOTICIAS INESPERADAS

¿Acaso te sientes tan poco que te da miedo cuando alguien te da todo?

Teoría de la Fragilidad, Quetzal Noah

El evento se celebraba en unos jardines perfectamente cuidados de la finca DaMayo, donde una carpa abarcaba más de dieciséis mesas con manteles negros y vajilla fina de color blanco hueso. Además, el olor a vainilla predominaba dejando a todos anonadados. Los enormes jarrones con lavanda que adornaba la instancia me encantaban. Era la segunda cosa más increíble que había visto, la primera era el baile máscaras de palacio.

Había un jardín lleno de tulipanes rojos, era sorprendente que tuvieran un jardín tan bien cuidado con la entrada del invierno. Pero así era.

—Los hay más bonitos, los jardines del palacio de Diamound no tiene ni comparación con eso...—Musitó Serena al ver que no apartaba la vista de los tulipanes.

—Eso no te lo discuto...—Le dediqué una media sonrisa con desgana. —Pero esto es único, además huele increíble...

—Puaj.

Sí, Serena era así de simpática cuando quería.

—Bienvenidas señorita Vich, señorita Baker...—Nos saludó un tipo que me recordó mucho a ese actor de Titanic. Sí, sí, ese mismo. Leonardo DiCaprio.

A Serena le había encandilado con su varonil sonrisa y su sutil perfume masculino, esa perfecta combinación de almizcle y sándalo.

—Es un placer para nosotras haber sido invitadas a un evento tan lleno de amor.

—Serena le sonrió con dulzura y con eso despertó un pequeño sentimiento de venganza en mí.

—Es cierto, estamos tan contentas con este evento que hemos hablado y meditado mucho sobre ello y nos llevó a darnos cuenta de que lo mejor que podíamos hacer para ayudar a esos pobres animalitos, es que Serena y yo queremos...—La miré sonriendo de oreja a oreja mientras ella me miraba expectante esperando para saber que «decisión» habíamos tomado según yo. —Estaríamos encantadas de adoptar a Bob, nos identificamos mucho con su historia y nos llegó al corazón.

Él abrió la boca sorprendido y aplaudió. Lo que inmediatamente hizo que Serena se sintiera incomoda.

—Vaya, es... Lo mejor que he oído hoy, estaremos encantados de hacer los trámites, solo tendréis que pasar un día a firmar unos cuantos papeles y listo. —Él sonrió tanto que daba miedo. —Una grandísima acción... Os llevaré hasta vuestra

mesa.

De camino a la mesa que nos correspondía, por el rabillo del ojo vi a Serena envenenarme con su mirada furibunda

—Te voy a matar.

—Genial. Tendrás un cadáver y un perro, a ver qué haces con los dos. —Susurré sin perder ni la sonrisa ni la compostura. Desde luego estaba encantada. Una mini venganza a cambio de un perrito precioso que necesitaba un hogar, qué mejor manera de empezar el día.

Nos había tocado la mesa número diez junto a cinco personas más, quienes nos sonrieron a nuestra llegada. En la mesa, sobre los platos blancos había unas plaquitas de madera, cada una con un número asignado para la hora de la subasta. El mío era el 66 y el de mi mejor amiga el 69, lo que al verlo surgió una mirada picara por mi parte mientras ella suspiraba. Al parecer ya le había irritado por un día. Eso hizo que no perdiera la sonrisa durante los primeros cinco minutos, sentía que era mi momento de

«joderla» un poquito y eso tenía gracia, jamás intentaría molestar a nadie, pero con Serena la cosa últimamente salía sola, era como un acto reflejo a sus actitudes.

Estaba mirando ciertos detalles de la decoración del local cuando vi a Serena sacarse el móvil del bolso y mirarlo sorprendida.

—Tengo que contestar la llamada, pórtate bien. —Me lanzó una mirada que rechazaba

cualquier contradicción a lo que acababa de decir.

Puse cara de corderito abandonado.

—Vale, mamá.

Ella soltó un bufido. Se levantó y se alejó rápidamente con el teléfono en la oreja.

Me preguntaba quién podía ser y por qué salía con tanta urgencia a contestar.

—Perdón, no he tenido el placer de conocerla...—Escuché decirme el chico de al lado y esquivé mi mirada hacia él. —Soy Max Lattimore de la casa Rubinrot.

Abrí ligeramente la boca, pero inmediatamente la volví a cerrar. Era el tercer hijo de Conde Lattimore.

Vaya por fin me acuerdo de uno de los personajes del bloc de Madame Dolce.

En mi cabeza oí al público aplaudir y eso me hizo sonrojar.

—Soy Alexandra Baker y no soy de ninguna casa—dije en tono educado al muchacho pelirrojo, de ojos verdes y rostro pecoso que tenía ante mí.

—Es un placer Alexandra Baker de ninguna casa.

Su tono burlesco me hizo reír y así mismo hizo él. Era mucho más simpático de lo que parecía en la foto que tenía Madame Dolce de él. En esa foto parecía muy enfadado y ahora allí a mi lado hasta parecía simpaticón. Al parecer Max estaba muy concienciado sobre el tema de la subasta y según él estaba dispuesto a gastarse muchos *Reales* — la moneda oficial de Diamound—, por la causa.

Después de cinco minutos escuchando nada más y nada menos sobre el «dinero»

que pensaba gastarse, me excusé para ir a buscar a mi amiga. La gala empezaría en cualquier momento y no me apetecía escuchar tantas palabrerías materialistas.

Serena se encontraba fuera, al lado de un robusto árbol y parecía exasperada porque no dejaba de mover los brazos en el aire mientras seguía charlando por teléfono. Me acerqué a ella despacio, no era que quisiera escuchar la conversación a escondidas, pero me intrigaba el hecho de que pareciera algo «alterada».

— ¿Por qué permitiste eso? ¿Te das cuenta de que esto nos mete en un problema?

—Decía mientras suspiraba una y otra vez. —Él no nos pondrá las cosas fáciles y lo peor de todo es que ella ni siquiera sabe que no siguen casados... ¡Dios!

¿Quién no seguía casado con quién? ¿Con quién hablaba Serena? Algo en mi interior se removió inquieto, y de pronto empezó a hacer muchísimo calor.

—¡James no tiene sentido eso! No puede invocar una maldita *Selección* a estas alturas. Tienes que hacerle cambiar de idea, ya casi estamos listas... ¡Joder! ¿James?

¿¡James!? Soltó un bufido y pisoteó el suelo como una niña con rabieta. Se giró y al verme se le fue el color de la cara y se puso tan pálida como un fantasma.

—¿Thomas se divorció de mí? —Mi pregunta salió casi como un susurro mientras se formaba el nudo más grande del mundo en mi garganta.

—Alex...—Susurró acercándose a mí, pero no sabía que más decir.

— ¿Por qué?

Mis ojos picaban terriblemente mientras las lágrimas luchaban por bajar a borbotones por mis mejillas.

—Le abandonaste... Esa era una de las cláusulas que rompía vuestro matrimonio

— parecía sentirse culpable diciéndome esto—. Además de la cláusula que ya conocíamos.

Mis piernas se convirtieron en flan y mi cuerpo se precipitó al suelo sin fuerza. O

sea que había más de una cláusula que rompía el matrimonio además de la que ya había oído en el despacho el día en el que decidí irme... Y yo como estúpida había hecho exactamente lo que no quería, romper las cláusulas de matrimonio. ¿Qué iba hacer ahora? ¿Había aguantado meses de clases para nada?

—Oh.

Mierda, la cagué, pero bien.

17. NOTA MENTAL: NO CONFIES EN NADIE.

Y nadie te lastima como yo lo hago. Y nadie te ama como yo lo hago.

Happier – Ed Sheran

La señora Baker había sufrido una bajada de azúcar, o eso aseguraba ella misma.

Ninguno de los dos parecíamos entender la situación mientras ella se bebía un vaso de agua con azúcar.

—¿Por qué iba a mentirme mi golondrina?

Musitaba la mujer con la mirada perdida en algún lado por encima de mi cabeza.

—Para serle sincero Patricia no lo sé, pero me encantaría saber los verdaderos motivos de Alexandra...—James nos observaba con aire preocupado.

—¿Puede contarme qué pasó para que decidiera irse de su castillo? —Me pidió su madre con tono suplicante. La entendía bien, solo quería saber el motivo que había hecho a su hija actuar de forma tan premeditada.

—Las cosas no fueron fáciles, la llegada de Alex y la noticia de que estaba casado con una chica que no fuera de mi país y que no poseyera genes reales no fue muy bien aceptada, pero nos mantuvimos fuertes en contra de los que no nos querían ver juntos, o mejor dicho de mis padres, pero mientras yo investigaba los pros y contras de nuestro matrimonio...— Hice una pausa para tomar una bocanada de aire—

Ella simplemente se largó dejando una nota en la que ponía que volvía a casa y de eso hace casi seis meses.

Su madre había recuperado los colores y me miraba fijamente.

—¿Y por qué no viniste a buscarla hace seis meses Thomas? ¿Por qué ahora? —

Su tono no era nada amistoso, más bien acusatorio, pero lo pasé por alto.

—Ella decidió eso, no yo, ella decidió irse, yo le abrí la puerta de mi casa y de mi vida, fue ella quien no quiso quedarse.

Su madre soltó una pequeña risita y luego pareció limpiarse los mocos discretamente con el dorso de la mano.

—¿Se quedaría Vuestra Alteza en un sitio en el que parece que no es bienvenido?

—Su tono formal me indicó que había perdido a la tan simpática Patricia.

—Sé lo que piensa, pero yo jamás habría traicionado la confianza de Alex dejándola tirada en medio de un caos como aquel, y fue justo lo que ella hizo.

Patricia se quedó en silencio hasta que de pronto se levantó y se paró enfrente mía.

—Lo siento Príncipe, pero no voy a permitir que venga a mi casa a insultar a mi hija, si ella se marchó sus motivos tendrá. No defiendo que me haya mentido y que no

esté aquí, de donde nunca debió salir. Así que si no le importa me gustaría que se marchara de mi casa y no vuelva hasta que mi hija le invite, gracias.

Erguí una ceja, casi consternado de que me estuviera echando de su casa, miré a James y él asintió con la cabeza, diciéndome en silencio que le hiciera caso a la mujer que tenía delante de mí. Me levanté despacio, abotoné la americana y le dediqué a Patricia una sonrisa de disculpa.

—Lo siento. —Murmuré antes de salir de su casa cabizbajo.

En cuanto la puerta se cerró a mis espaldas miré a James.

—Quiero que encuentres a Alex y la traigas a casa.

Él suspiró y me siguió hacia el coche.

—¿Y si la señorita Baker no desea volver a casa?

Me detuve de inmediato y le miré sin ningún atisbo de humor en la cara.

—Tráela a fuerza, este mundo es demasiado grande y peligroso para que una niña de rancho esté perdida por ahí.

Me subí al coche sin esperar que nadie me abriera la puerta y la cerré con fuerza.

Después de que el coche arrancara, dentro de él reinó un silencio sepulcral, hasta que, por fin, James habló.

—¿Por qué desea protegerla después de descubrir que mintió a todos?

Una buena pregunta. Una gran pregunta. ¿Por qué querer proteger a alguien que me abandonó, huyó y encima me mintió?

—Porque fui yo quien la sacó de su país con fines egoístas. Si tan solo hubiera hecho lo que me habían mandado nada de esto habría pasado.

James negó con la cabeza, contrariado.

—Si hubiera hecho lo que le han ordenado ahora mismo estaría casado con la amante del

Rey.

Le miré con cara de pocos amigos. A veces James era muy chistoso, no tenía claro si era más un amigo o un empleado, tal vez los dos, fuera como fuese sus comentarios eran siempre acertados.

—Cierra el pico, listillo.

Nos mantuvimos en silencio hasta el aeropuerto. No volvería a Granate, me iría a casa, era lo mejor. Ya no había nada que hacer, Alex era una traidora además de mentirosa, y sentía que después de esto me costaría mucho confiar en nadie más.

Nota mental, no volver a confiar en nadie.

No me interpretéis mal, no era puro despecho. Mi padre también había resultado ser un mentiroso y un vil traidor. Me preguntaba si siempre había estado rodeado de escoria y nunca me había dado cuenta.

Intentando alejar todo mal pensamiento de mi cabeza decidí pensar en otra cosa.

Quizá Will tuviera razón y lo más fácil o divertido de hacer sería una Selección. No era nada común hacer eso, al menos no en Diamound ya que todos sus herederos ya nacían comprometidos, pero... ¿Y si conseguía que mi madre me diera su apoyo ante el Consejo? Sabía que eso era lo menos probable de pasar, pero, y si lo lograba...

Suspiré resignado. Era casi imposible que el Consejo diera su visto bueno para algo así. No se lo dieron a mi abuelo cuando su prometida falleció en una caída de caballo y no me lo darían a mí. Debía estar maldito o algo así. Mismo no creyendo en brujería ni vudú, ni ninguna mierda de esas, empezaba a sopesar la posibilidad de estar maldito.

¿Tan complicado era que los dioses permitiesen que yo mismo eligiera a mi futura mujer? Era yo quien pasaría toda la vida aguantándola, no ellos. Debería tener derecho a elegirla. Solo quería eso, el simple derecho de elegir mi destino sin tener alguien detrás «orientándome» para hacer lo «correcto». Yo también tenía derecho a equivocarme y ellos deberán entenderlo.

18. FIN DEL JUEGO

¿Me quiere?

O ¿no me quiere?

¿Me quiere? O ¿no me quiere?

Se iban arrancando pétalos de mi alma

Al hacerme tantas preguntas.

Fernando Phillips

¿El matrimonio había dejado de existir así de fácil? ¿Con un simple movimiento de varita mágica seguido de un *Puff*? No podía creérmelo, estaba en shock.

Serena me había pedido *por favor* que no armara un escándalo y me comportara.

Y así había hecho, ella me acompañó nuevamente hacia la mesa y nos sentamos a escuchar el discurso del presidente de la *Asociación Amigos de Los Animales*.

Escuchaba a medias mientras mi cabeza divagaba entre mil y una cosa a la vez.

¿Había más de una cláusula que podía poner fin al matrimonio? No podía creerlo.

Había sido muy tonta, debería haber esperado a Thomas volver ese día y haber hablado con él, no solo de lo que escuché a hurtadillas en su despacho sino también lo de Serena y su madre. ¿Qué habría pasado si me hubiese quedado y le hubiera contado todo? Supongo que ya no había formas de averiguarlo, solo me quedaba la decepción que albergaba mi pecho en esos momentos.

Alcé la mano y bebí un sorbo del café doble con vainilla que me habían traído y suspiré. ¿Por qué todo esto tenía que pasarme a mí? No quería nada de esto, no quería ser una princesa, no quería casarme con un desconocido, pero eso había pasado.

En una noche de borrachera por mi cumpleaños, había bebido tanto que acabé de alguna forma inexplicable casándome con el príncipe de uno de los países más importantes del mundo. Y de pronto me despierto y soy una princesa, porque el hombre con el que me casé en secreto en una de las capillas de Morgan City era el príncipe de Diamound. Un país precioso que estaba a ocho horas en avión del país en el que nací y donde viví toda la vida con mis padres. Dos personas muy creyentes en las leyes de Dios que seguían al pie de la letra sus palabras, y de pronto su hija se descarrila porque su mejor amiga es una bruja y lo único que hace es meterla en embrollos. Pero entonces mis padres aceptan que esté casada con alguien a quien no conocen de nada y del que no saben si pueden confiar, pero luego me toca ir a Diamound para ocupar mi lugar como princesa y mujer de Thomas Price II, y la cosa no sale bien. Como siempre, la cago, y no fue una cagada pequeña, no. Sino una monumental al tener un íntimo gesto como un simple e inocente beso a un personaje Real en público, quien no había anunciado a sus padres que se había casado con una

chica campesina de un país que no era el suyo. Aunque en verdad daría lo mismo que yo fuera una campesina de Diamound porque estaba prometido a otra chica. La princesa de Esmeralda, una mujer a la que supuestamente odiaba con todo su ser, o eso aseguraba él, y es entonces cuando todo se va a pique. A su madre no le caigo bien y está completamente decidida a deshacerse de mí. Y lo consigue.

¿Eso es obvio no? Por algo estoy aquí, en una mesa cualquiera viendo un vídeo de perros a los que quieren salvar porque han sido abandonados por gente que en mi opinión no tiene corazón.

Eso me hace recordar el tiempo que estuve encerrada en aquella habitación del Castillo

porque su madre no quería que nadie supiera de mi existencia. Un mes, durante un mes encerrada, ya estaba loca, ahora rememorando todo aquello no me extrañaba que decidiera huir en la primera oportunidad. No tenían derecho, yo no era una criminal para mantenerme encerrada de aquella forma. No podía decir que la Reina fuera mala, ya que casi nunca me decía más que dos palabras cuando tenía ocasión, pero era despiadada, manipuladora y anarquista. Algo así como Serena, pero tres veces peor.

¿Por qué Serena no me dijo nada de qué el matrimonio se había roto? Según nuestra breve conversación afuera, James no le había dicho nada. Aunque yo ni siquiera sabía que mantuvieran contacto. Él había sido muy claro cuando me ayudó a huir; él no quería tener nada que ver con esto. Le entendía, trabajaba para Thomas, lo más seguro era que no quisiera perder su trabajo.

¿Pero por qué llamar ahora para decir eso? No entendía nada, pero me encantaría hablar con él y de ser posible directamente con Thomas. Me gustaría saber qué pasó, y si todo estaba bien entre nosotros después de todo.

Dios sabía que lo único que yo quería era estar a la altura. Vale, yo nunca deseé ser una princesa, yo le fui muy sincera cuando le dije que no quería serlo. Yo era una simple chica de campo, sabía lo que conllevaba ser algo así. Tenía que renunciar a todo lo que había aprendido de mis padres y pasar a ser otra persona, lo sabía bien.

Pero después de un tiempo con Thomas, paseando por palacio algunas noches cuando él venía a mi habitación con el fin de que pasáramos algo de tiempo juntos, lo vi. No me importaba hacer algunas excepciones por recibir aquellas sonrisas torcidas o aquellos guiños de ojos disimulados que me sacaban los colores. Cuando estaba con él, no me importaba hacer una excepción. Quizá por eso permitía que Serena se burlara de mi e intentara que aprendiera con Madame Dolce todos esos inútiles protocolos.

Odiaba todo aquello, aquellas normas absurdas de etiqueta, tener que saber cualquier detalle sobre la vida de otro miembro de la realeza para tener en cuenta de qué hablar cuando estuviera en su presencia. O esa estúpida manía de no poder comer nada en los banquetes. Aunque lo que peor llevaba era no poder ser yo misma, tener

que olvidarme de cosas que llevaba haciendo toda la vida como comer los muslos de pollo con la mano o corretear por el campo. Detestaba no poder usar pantalones cuando eran lo más cómodo... En fin, había renunciado poco a poco algunas de mis costumbres para intentar tener los «modales» correctos de una princesa. ¿Y todo eso para qué? ¿Para descubrir a mitad del campeonato que el juego ya se había acabado?

19. ¿TODO ES CUESTIÓN DE TIEMPO?

Tuvimos intimidad en su cuarto:

me enseñó todos sus libros.

Quetzal Noah.

El viaje se me hizo agotador, me dolía la cabeza de tal forma que me costaba incluso abrir los ojos. La visita a Crystal no había sido tan fructífera como me había imaginado que sería, en cambio solo había salido con mal sabor de boca.

Cuando nos bajamos del avión no esperaba el asedio de los paparazzi, hacían demasiadas preguntas y no sabía qué contestar a ninguna de ellas.

—¿Otra escapada príncipe Thomas?

—¿Qué podremos esperar de su reinado si siempre está huyendo de sus responsabilidades?

—¿Esto se trata de una escapada romántica príncipe Thomas? ¿Hay alguna chica de por medio?

—¿Qué puede decirnos de la enfermedad que padece el Rey Benjamin? ¿Cree que se recuperará?

Nos refugiamos en el coche Real sin que James me diera tiempo a contestar ninguna de esas preguntas.

La enfermedad del corazón que padecía mi padre no era ninguna novedad para los medios. Mi padre nunca hizo pública esa noticia, pero los periodistas sabían dónde escarbar, o a quién manipular, mejor dicho.

Sí, creía que se iba a recuperar, de verdad que lo pensaba, al menos hasta que lo vi. Nada más llegar a palacio supe que algo no iba bien. Todos corrían de un lado a otro alarmados.

—¿Qué está pasando aquí? — Pregunté a una de las doncellas que pasaba por allí.

—El Rey, Alteza, no se encuentra bien.

Miré a James. ¿No se sentía bien? Vale, a veces tenía días peores que otros, pero los empleados de palacio nunca se ponían a corretear (sobre todo porque estaba prohibido), sin una razón.

Hice mi camino hacia la alcoba del Rey con paso apresurado, algunas doncellas pasaban con cuencos metálicos y toallas limpias.

—¿Qué está pasando? — susurré para mí mismo acelerando más el paso.

Entré a la habitación antes de que una doncella cerrara la puerta y miré alrededor.

Había tres doncellas, mi madre y el doctor de la familia.

—¿Qué ocurre? — pregunté poniendo los brazos en jarra casi sin respiración.

Mi madre me miró como si de un fantasma se tratara y se levantó para venirse hacia mí.

—¿Qué haces aquí? — preguntó en un tono bajo y algo molesto.

—Te recuerdo que todavía vivo aquí. — mi tono seguía siendo el mismo.

Ella me agarró del brazo sin humor.

—No es momento para chistes, tu padre está muy mal.

Desvíe la vista de ella hacia él. Estaba tumbado en el centro de la cama, con un aspecto algo grisáceo, llevaba gafas nasales y una vía venosa en el brazo derecho. El doctor le escuchaba los latidos del corazón con un fonendoscopio. Hice ademán de acercarme a la cama, pero mi madre me frenó apretándome el brazo. Le fulminé con la mirada y tiré de mi brazo para apártame de ella.

—No.

No le hice caso y me acerqué para observar mejor a mi padre. Se veía peor de lo que se podía imaginar desde donde estaba. No tenía el mismo color de siempre, parecía muy cansado y se encontraba dormido.

—¿Cómo se encuentra doctor?

Él alzó la vista hacia mí, pero su cara no daba buenas noticias a simple vista.

—Príncipe, su padre lleva enfermo del corazón desde hace mucho tiempo, su corazón está cansado...—Se guardó el fonendoscopio en su maletín y empezó a despojarse de los guantes de nitrilo color azul. — No hay nada que se pueda hacer, es cuestión de tiempo.

Una de las doncellas le cambió la toalla que tenía en la frente y le colocó una limpia en su lugar. No parecía sudar, quizá solo querían hacer algo para no sentirse inútiles en aquella situación. Mi padre era muy querido por algunos en aquel palacio, sobre todo por las doncellas, las trataba muy bien. Ahora eso me hacía replantearme cosas, pero lo mejor era no pensar en ello.

Puse mi mano sobre la suya y apreté con suavidad. Era allí donde debía haber estado durante todo el día, no buscando respuestas que no encontré, no había hallado más que decepción en Crystal. Era hora de perdonar y centrarme en mis deberes. No le iba abandonar, no cuando estaba tan débil y sin vida.

—Las emociones fuertes pudieron con su corazón, o eso es lo que suele pasar en situaciones como esta.

El comentario del médico me hizo el corazón más chico. ¿Había sido mi culpa?

¿Al entregar las fotos de mi padre con su amante había provocado esto?

Si era debido a emociones fuertes tenía que ser esto, mi madre seguramente le habría echado más de una vez ese hecho en cara, eso habría podido con él. De eso estaba seguro.

En cuanto el médico se marchó, las doncellas también y nos quedamos mi madre y yo con él.

—¿Qué has hecho? — pregunté rompiendo el silencio después de un rato. Ella se encontraba sentada en el otro extremo de la cama, miraba el cuerpo de mi padre con la mirada vacía y evitaba tocarlo. Esa reacción me pareció sospechosa, no quería decir que ella fuera culpable de nada, pero esa actitud no era muy normal, mi madre siempre había estado enamorada de él, o eso decía siempre.

—¿Qué te hace creer que he hecho algo? Acusar a un miembro Real sin pruebas

es castigado con la muerte.

Me reí, tenía gracia la cosa. ¿Me estaba amenazando o eso me parecía a mí?

—¿Ahora me quieres matar?

Ella me miró y no vi nada en su mirada. Vacío, solo vacío.

—No seas estúpido.

Ella respiró muy hondo y luego cerró los ojos.

—Tu padre lleva mucho tiempo enfermo, sabíamos que esto iba a pasar tarde o temprano.

Apreté los dientes con fuerzas. ¿Ya daba todo por perdido? ¿Quién era esa mujer? Porque desde luego no se parecía nada a la mujer que había buscado opciones entre los mejores médicos del mundo para alargar la vida al Rey.

—No hables de él como si ya no estuviera aquí—dije entre dientes levantándome y saliendo de la habitación.

James esperaba en la puerta de la habitación.

—Quiero que investigues qué ha hecho mi madre mientras he estado ausente.

—No creerá que...

—Investiga James.

—Pero Alteza, su madre no sería capaz de...

—¡Hazlo, joder!

Le grité, y él se paró en seco. No me malinterpretéis, quería a mi madre, pero ella le quería demasiado para estar tan... ¿Distante?

James asintió, se dio la vuelta y se alejó con paso rápido mientras yo me quedaba paralizado en mi sitio con la respiración entrecortada. Algo no cuadraba e iba a averiguar la verdad.

20. DÍ LA VERDAD

Dime algo que no sepa,

por ejemplo:

que mis dedos fueron flores subiendo por tu costado,

que me echas de menos y sabes a sal,

que te destrozó no intentarlo,

que tu cama es el lugar más frío de esta parte del mundo, que llegas tarde a todos los sitios

porque vives en el pasado.

Elvira Sastre

La gala se me estaba haciendo larga y aburrida. Necesitaba irme a casa, quería un poco de paz y llorar en silencio. Necesitaba sacar la pena que llevaba dentro, y en ese momento la tenía atragantada en la garganta. Max Lattimore se había percatado de mi desasosiego ya que en más de una vez intentó sacarme una sonrisa, alguna vez lo logró, pero una tan fugaz como la misma estrella.

Debían concederle un premio por intentarlo al menos, parecía buen tío. Aunque siendo alguien que sale muchas veces en esas revistas de moda con cara seria y barba siempre bien afeitada me esperaba un tío estirado, pero las apariencias engañan. ¿No es así?

Después de algunos videos más de perritos y el discurso de algún miembro más de la Asociación, tocó el pisolabis, que por muy tentador que pareciera todo, ni siquiera tenía hambre. Algo nada normal en mí, pero en vez de querer comer tenía ganas de vomitar todo lo que había desayunado esa mañana.

—Veo que los discursos te han afectado más que aburrido —comentó Max con una media sonrisa.

—Sí —contesté en voz baja y estrangulada—.

Con permiso. Sonreí de lado y me levanté de la mesa con intención de averiguar dónde se encontraba el baño. Necesitaba vomitar, ese nudo en la garganta me estaba ahogando.

—Alex, espera.

Para mi sorpresa Serena me había seguido. Me preguntaba qué querría, suponía que ya no había mucho de qué hablar. No estaba casada con el príncipe de Diamond.

Ya no tenía mucho que aportarle así que nuestro lazo también se rompía. ¿O no?

En las dos últimas horas muchas cosas se habían roto, mi matrimonio, mi corazón... ¿Mi amistad con Serena Vich? Si es que alguna vez fue mi amiga de verdad. Yo siempre había intentado ser la mejor amiga posible, sobre todo porque era

la única amiga que había llegado a tener en la vida. Pero ya no había motivos por el que alargar eso que yo me empeñaba en decir que era amistad y que ella lo tomaba como una inversión.

Más adelante, después de salir de la carpa vi la señal de los aseos y me dirigí hacia allí a paso rápido, podía sentir a Serena pisarme los talones.

Al entrar al aseo de señoras, fui directamente a los cubículos. Cerré la puerta, metí un dedo en la boca y me provoqué el vómito. Eso me hizo sentirme mucho más aliviada, a pesar del sabor amargo de la bilis. Al salir del cubículo di con Serena ofreciéndome un pañuelo de tela. Lo acepté y me limpié la boca. Luego me lavé las manos y me mojé las mejillas, las cuales tenía de un intenso color rosado.

—Lo siento vale... Yo no sabía de ese detalle sobre vuestro matrimonio...—Su tono de

voz era casi apenado, pero no me lo creía nada. Quizá lo que más le diera pena era el hecho de que ya no podría sacar partido a mi cuesta.

—¿Si lo hubieras sabido qué? —dije con ironía—. ¿Me habrías despachado a Crystal en el primer vuelo posible como quería hacer yo contigo el día del baile?

Ella se cruzó de brazos y me lanzó una furibunda mirada.

—¿Por qué siempre piensas que soy la mala de la historia?

—¡Porque lo eres! —Casi chillé, mi tono fue demasiado elevado para el sitio donde nos encontrábamos. —Porque es tu culpa que me casara con él y es tu culpa que me divorciara también.

Serena me miró con expresión inescrutable y luego chasqueó la lengua.

—Claro... todo es mi culpa...

Quise gritarle todo lo que pensaba de ella, pero alguien entró a la habitación haciendo que me mordiera la lengua.

—Lo mejor es que sigamos hablando en casa. — Sentenció Serena lanzándome una mirada que me dejaba claro que si montaba un pollo era capaz de matarme allí mismo.

—Que en casa sea...—Respondí molesta girando sobre mis talones para salir del baño y volver al evento. Ya no me encontraba disgustada ni con un nudo en la garganta, me sentía furiosa y ofendida, y esos dos sentimientos por fin me hacían reaccionar.

Volví a la mesa, cogí un trozo de bizcocho de coco y me lo llevé a la boca.

Serena ocupó su lugar y me lanzó una mirada de advertencia.

—Compórtate...—Me susurró a lo bajini.

Lo iba a hacer, pero no porque ella me lo dijera, sino porque no me apetecía hacer el ridículo ante Max, quien había sido muy simpático conmigo durante todo el evento.

De camino a casa no hablé con Serena. En casa tampoco y pasaron un par de días en los cuales me mantuve encerrada en la habitación sin salir nada más que para ir al baño.

No tenía hambre, no tenía sed, no tenía nada, solo una fuerte depresión que me tenía incapacitada el setenta por ciento del tiempo. Me sentía deprimida, albergaba una desazón como nunca. Cuando yo me marché del castillo lo hice por la traición de Serena junto a la Reina hacia mí, que luego había resultado ser mentira o eso alegaba ella. Pero el motivo decisivo había sido que aquel hombre hubiera mencionado una parte de la ley en la que aclaraba que él no podría contraer matrimonio con ninguna mujer que no llevara un año de residencia en Diamound. Y yo en ese entonces llevaba tan solo un mes y algo en este país que tan bien me trataba y tan lejos me mantenía de mi familia. Todavía no llevaba viviendo en Diamound un año, y la idea era esa desde el principio, entrenarme con Madame Dolce hasta que yo llevara un año de residencia para así poder volver al castillo junto a Thomas y ocupar mi puesto como Princesa.

Aunque todo ese plan se había ido directamente al garete, porque todo había salido mal.

No sabía que se anularía mi matrimonio por tomar unos meses

«sabáticos», para aprender lo que según Madame Dolce y Serena necesitaba. Ya daba igual, nada de aquello había resultado, no podía volver a palacio y ocupar un lugar al que ya no me pertenecía.

Cogí el teléfono y llamé a mi madre, necesitaba oír su voz.

—¿Alex? ¿Alex dónde estás? —preguntó mi madre en un tono casi desesperado.

—Mamá tranquila...—solté una risilla baja para intentar tranquilizarla —. Estoy en Diamond, como hace cinco días cuando te llamé por última vez.

Silencio.

—Alex no me mientas.

Me senté sobre la cama algo confusa. ¿Mentirle?

—¿Por qué iba mentirte mamá?

—Alex, sé la verdad, sé que has huido del castillo...

—¿Qué? —pregunté sin aliento. Mi corazón había empezado a martillearse contra mi pecho con fuerza.

—Cariño, Thomas estuvo aquí buscándote, me contó todo, hasta que ya no están casados...

Estaba congelada, paralizada y sin aliento. ¿Thomas había ido a Crystal a buscarme? No me había encontrado, eso está claro. En cambio, había contado a mi madre todo lo que le había estado ocultando desde el principio. Sentía que me iba a desmayar, todo empezaba a dar vueltas en la habitación. Cerré los ojos con fuerza y me obligué a respirar.

—¿Papá...? — Dios mío, si mi padre se había enterado de todo, me iba a matar.

Cuando él supo de esa locura de matrimonio estuvo días sin hablarme. Mi padre era aún más religioso y riguroso que mi madre, él no iba a perdonarme en la vida por haber huido de Thomas. No iba a permitir que volviera a casa y jamás me volvería a

dirigir una sola palabra.

—Él no estaba en casa cuando vino el Príncipe, por suerte... No he querido contarle nada hasta que tú me contaras la verdad.

Respiré casi aliviada. Le conté a mi madre toda la verdad, desde mi primer día en Diamond City hasta después de que me trasladara a la costa del país. Y luego seguí contando hasta ese mismo segundo. Mi madre se mostró horrorizada con el hecho de que Karol Price me mandara encerrar en esa habitación y que no me dejara salir, creo que al final comprendió el motivo por el que no me quisiera quedar. Al final de la llamada me dijo que era pecado y como el Karma ninguno. Y que ya me tocaría pagarlo en algún momento.

Y tenía razón estaba pagando muy caro por mis decisiones, y al parecer no podía hacer nada más para cambiarlo.

21. ¿QUÉ HACE ESA PUTA AQUÍ?

¿Qué sería de la vida, si no tuviéramos el valor de intentar algo nuevo?

Vincent van Gogh

Las campanas repicaban sin descanso mientras todos parecían dejar de respirar.

Miré a mi madre, tenía cogida la mano del cadáver de mi padre mientras hacía pequeños círculos en la palma de su mano. Parecía profundamente triste pero no soltaba ni una sola lágrima. Quizá me había equivocado con su reacción de hacía una semana y de verdad se sentía muy desgraciada por la pérdida de su único amor.

Me encontraba de pie, contra la pared mirando todo con aire hastiado. La habitación estaba más llena de lo habitual, mis tíos habían llegado desde el norte hacía unos días. El tío Keenan y su mujer Astrid tenían una máscara de pena en el rostro.

William también había marcado presencia con su primera mujer; Jade. Era extraño no verle rodeado de las seis, pero se agradecía no tener todavía más gente alrededor.

Eché un último vistazo a mi alrededor y me marché hacia la salida sin hacer ruido. James esperaba como un guardián afuera. No me había dejado solo en ningún momento desde que volvimos de Crystal, lo tenía pegado a mi culo con *Super Glue*.

—¿Has dado ya con el paradero de Alexandra? —Mi tono era algo apagado.

—Sí Alteza...—Imitó mi tono, por el rabillo del ojo le vi meterse las manos en los bolsillos.

—¿Y a qué esperas para ir a hacer lo que te he ordenado?

No me contestó.

—Perdóneme Alteza, pero con todos mis respetos, si la quiere mandar fuera de su país lo tendrá que hacer usted mismo.

Me paré en seco.

— ¿Qué? —dije agravando la voz.

—Soy su guardaespaldas, no el chico de los recados.

Chasqué la lengua. No era hora para jugar a ser mi colega.

—No juegues con mi paciencia James.

—No juego Alteza, si quiere echar a Alex de Diamond lo hará usted mismo.

Al decir eso, giró sobre si mismo y se alejó hacia el pasillo contrario.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Solté un bufido y me dirigí a mi habitación. Necesitaba estar solo, había sido una semana muy dura y estaba harto de que todos me miraran con lástima.

El funeral tuvo lugar dos días después, mi madre había organizado todo junto a su

ayudante. Les había ofrecido mi ayuda, pero mi madre la rechazó. Según ella necesitaba algo para estar ocupada y así no pensar en lo que estaba pasando.

En ese tiempo me centré en mi cumpleaños, el discurso estaba casi hecho. Will y James lo habían ido revisando y ayudándome, por separado.

—¿Estás listo para que te coronen Rey? —Preguntó Will la mañana del funeral mientras bajábamos al hall con paso despreocupado.

Ambos íbamos con un traje de corte italiano negro y corbata del mismo color.

Cada uno llevaba las medallas de nuestros países por los méritos logrados. Yo tenía tres y él cinco. Eso debería darme envidia, pero no era así.

—No lo sé, no he tenido tiempo para pensar en ello.

Él asintió.

—Pues deberías pensarlo, te quedan cuarenta y ocho horas para hacerte a la idea...

Respiré hondo. El país necesitaba un rey y yo era el heredero al trono. Ya no podía huir de mis obligaciones. Me tocaba reinar el país, sólo necesitaba la persona indicada que lo haría a mi lado. Desde luego no pretendía compartir esos deberes con mi madre más de lo necesario. Se había convertido en la Reina regente, hasta el momento en que yo contrajera matrimonio. Y estaba casi seguro de que me quitaría toda autoridad otorgada de un plumazo hasta ese momento.

En la entrada nos esperaban los coches que nos llevarían a la catedral de San Aniden. Era tradición enterrar los reyes del país en catedral. Allí descansaban todos mis antepasados, así que eso sería como una reunión familiar.

Torcí la boca en una media sonrisa al pensar en eso. No tenía gracia, pero mi humor andaba demasiado agrio para rectificarlo.

Entrelacé mis dedos con los de mi madre cuando aparcaron el coche ante la catedral. Ella me lo agradeció con una sonrisa casi imperceptible. Tenía ojeras y se veía mayor, nadie había vuelto a descansar desde la muerte de mi padre.

Desde la ventanilla del coche pudimos ver la multitud que aguardaba en silencio con la bandera del país, flores y carteles en la mano. Mi padre había sido un buen Rey, de eso no había duda. Sonaba a lo típico, decir lo bueno que fue una vez que ya no estaba, pero quitando su traición para con mi madre y el hecho de que intentara obligarme a casar con alguien a quien odiaba, fue un padre genial. Siempre jugaba conmigo de pequeño y me dedicaba tiempo cuando estaba libre de compromisos. Tras su muerte, que tuviera un affaire con Lissandra, quedaba totalmente olvidado por mi parte.

Mi madre, Will, Jade y yo bajamos del coche sin escuchar ni una sola palabra de

la multitud que nos esperaba ante una catedral resguardada por varios escoltas. Era la forma en la que el pueblo mostraba respeto hacia el difunto Rey. Silencio, lágrimas, flores, banderas a media asta, carteles en los cuales dejaban claro como sentía la pérdida entre otras pequeñas cosas como cartas, velas, etc.

Todos nos juntamos delante de la catedral de San Aiden y saludamos al pueblo con la

mano y un ligero movimiento de cabeza. Los flashes de las cámaras nos cegaban por momentos, hice un mohín, ligeramente irritado. Los paparazzi no tenían respeto ni siquiera en un día de luto.

—Malditos reporteros, no tienen ninguna clase de respeto por el dolor ajeno. —

Repliqué en voz baja y sin mover los labios para que no supieran lo que estaba diciendo —. Vámonos mamá, ya se ha acabado el espectáculo.

Cogí a mi madre por la cintura y la guie hacia el interior de la catedral sin que ella llegara a protestar. Otros reyes, príncipes, condes, duques, y sus respectivas parejas, habían venido de otros países a rendir sus respetos a mí padre. Eso sentaba bien, pero notaba la presión de sus miradas sobre mí.

Seguramente ya estuvieran pensando en la coronación que tendría lugar en dentro un par de días. Ese hecho hizo que me pusiera nervioso.

Caminamos por el pasillo principal de la catedral hasta la primera fila de bancos y allí mi madre se quedó de piedra en medio del camino.

—¿Qué hace esa puta aquí? —Su pregunta hizo eco por toda la catedral quitando el aliento a todos los allí presentes, incluyendo al cura que había agrandado tantos los ojos que parecía que se iban a salir de las orbitas.

—Mamá...—La miré algo atónito para luego aguatarme la risa al mirar a Will.

Oír a mi madre decir eso había sido lo más gracioso de toda la semana. Oh, vamos, tenía gracia, aunque lo hubiera dicho en un sitio sagrado. Sobre todo, cuando se las daba de perfecta, de una dama con reputación intachable y de pronto en plena catedral insulta a alguien.

Miré a la insultada, quien tenía la boca abierta en forma de una perfecta O. Sí, desde luego ella no esperaba este recibimiento. ¿Verdad Lissandra?

—Creo que lo mejor es que te vayas Lissandra. —Se lo dije acercándome a ella para que los allí presentes no me escucharan. —No tienes nada que hacer aquí.

La agarré del brazo para intentar llevarla a la salida, pero ella me sacudió la mano de encima.

—¿Por qué? ¿Porque ya no te quieras casar conmigo significa que no puedo rendir respeto a tu padre?

Mi paciencia se estaba empezando agotar. Estábamos montando una escena ante todos y eso me parecía una falta de respeto. No solo por parte de ella sino por parte de mi madre quien seguía insultándola de una forma bastante vulgar. No esperaba que palabras tan sucias salieran de la boca de una Reina que nunca permitía una simple maldición frente a ella.

—Para ser claros, yo nunca quise casarme contigo y eso siempre lo has sabido.

—La volví a coger del brazo. Ella intentó sacudírselo, pero se lo apreté más. —Hablo de tu sucia aventura con mi padre pedazo de zorra.

La vi ponerse blanca de un segundo a otro. Lentamente giró la cara hacia la Reina regente con los ojos llenos de lágrimas.

Solté su brazo al ver la cara de mi madre. También lloraba y la rabia se apoderaba de todo su ser. Will la tenía agarrada de ambos brazos, pero ella se mantuvo tranquila sin apartar los ojos de su antigua protegida. Parecía que lo que le dolía más era la presencia de Lissandra que la muerte en sí, de mi padre. No lo entendía, de verdad que no.

Entendía que le doliera lo de Lissandra porque la tenía como una hija, pero mi padre era su marido, su único amor, que yo supiera, claro está.

—Karol...—Empezó a musitar Lissandra acercándose a mi madre. Will la soltó.

Gran error, porque la siguiente acción de mi madre fue darla una sonora bofetada.

—¿¡Veis a esta chica!?! —Chilló mi madre para que todos la oyeran. Los presentes parecían atentos ante el espectáculo. —La tenía como una hija, una hija a la que jamás había llegado a tener... ¿Pero... Sabéis lo que hizo?

Me acerqué a mi madre intentando que se callara y no dijera ninguna bobada de la que se pudiera arrepentir diez segundos después.

—Mamá, no...

—Era la amante de Ben... Benjamin—. Se volteó hacia Lissandra quien lloraba en silencio sintiéndose humillada y atacada. —¿Por qué? ¿Desde cuándo?

Lissandra miró a mi madre, me miró a mí y luego miró a todos los allí presentes.

—Lo siento...—Creí haberla oído decir antes de salir corriendo entre lágrimas hacia la salida.

Mi madre me miró y fue entonces cuando vi lo que había estado intentando ocultar desde el principio. Estaba rota, en ese instante lo vi, en sus ojos azul grisáceos.

—Oh, mamá. —Le abracé con fuerza mientras ella se deshacía en lágrimas entre mis brazos.

Durante la ceremonia nadie dijo nada, después tampoco. Supongo que no era el mejor lugar para juzgar las acciones de un muerto infiel.

22. MISIÓN: RECUPERAR AL PRÍNCIPE.

A ti te gusta lo que nadie quiere.

Hush Hush. Becca Fitzpatrick

Cuando supe la noticia de la muerte del Rey se me cayó la taza de té Çay de la mano. Estaba en la cocina con Serena comunicándole que tenía pensado volver a casa cuando Nat entró a la estancia gritando que el rey Benjamin había fallecido.

La taza se cayó de mi mano como si me hubieran dado un calambrazo obligándome a soltar lo que llevaba en la mano mientras mi boca se abría, dejándome estupefacta. Rememore cosas que habían pasado en Crystal tiempos atrás, cuando Thomas tuvo que volver a Diamound de forma improvisada porque su padre estaba enfermo y quería estar con él. Y ahora, estaba muerto, eso fue un impacto para mí.

Serena se quedó pensativa un momento y luego me miró.

—Nat, limpia eso antes de que se corte, anda.

Nat asintió y se fue a por los accesorios de limpieza.

—¿Sabes qué significa esto Alex? —Preguntó Serena en un tono completamente antinatural mientras sus ojos brillaban como dos esferas solares.

—¿Qué?

—El padre de Thomas ha muerto...—Se llevó el dedo índice a los labios, pensativa. Eso me provocó un escalofrío, me preguntaba qué estaba maquinando en su cabecita diabólica. —Thomas será coronado Rey...

Me encogí de hombros. Me alegraba por él, estaba destinado a ello, seguramente sería un Rey fantástico. Ya casi me había hecho a la idea de que ya no formaría parte de su mundo y que había vivido un matrimonio fracasado incluso sin saberlo.

—¿Y? — musité.

—No puedes volver a casa—Se giró hacia mí y me agarró de ambos brazos mientras me sacudía— Tenemos a un Rey a quien seducir...

Y allí estaba yo, sentada frente a Madame Dolce y Serena con el objetivo de disculparme debido a mi «mal comportamiento» la última vez que nos vimos. Según Serena solo volvería a darme clases si no lo hacía. No me consideraba alguien precisamente orgullosa, con que no me suponía una gran misión.

Serena había vuelto a convencerme, y seguía sin entender por qué accedí. De alguna forma en mi cabeza tenía cierto sentido para volver a conquistar a mi ex marido. Necesitaba hablar con él y hacer que se olvidara de esa locuaz idea de «Selección».

Faltaba muy poco para cumplir mi primer año de residente en Diamound. Si nos pusiéramos de acuerdo y habláramos con tranquilidad podríamos volver a contraer matrimonio de una forma pública sin hacer el paripé ante todo el país mientras el escogía a

su futura reina.

El gran día había llegado. El día de su coronación y estaba más nerviosa de lo normal. ¿Podría hacerle cambiar de idea? Tenía mis dudas, pero el destino ya estaba escrito, de eso no tenía ninguna duda.

—Madame Dolce, la he llamado para disculparme por mi comportamiento de la última vez, no me encontraba en mi mejor momento. —Me froté las manos disimuladamente. —Sé que nada excusa mi comportamiento, pero la necesito y aprecio su empeño por enseñarme.

Ella sonrió de lado, pero rápidamente se puso seria.

—No sé yo, no es que me haya dado muchas alegrías señorita Baker.

Tragué saliva. ¿Iba a rechazar mi disculpa? Bueno, no era que tuviera mucho tiempo para aprender nada más que complementar lo que ya sabía, pero la necesitaba.

Faltaba una sola semana para el cumpleaños de Thomas y tenía que hacer algo para que cambiara de opinión.

—Madame Dolce, la necesito.

Ella suspiró con suspicacia y miró a Serena.

—Le doblo el sueldo.

—Hecho.

Que vendida es. ¿Y todo eso solo para que me viera rogando perdón? ¡Anda, ya!

No dije nada indebido, tampoco hice ningún gesto que pudiera hacerle cambiar de opinión. Y tampoco me gustaría que volviera a su costumbre de pegarme con su dichoso abanico. No se podía decir que echara de menos a Beck.

—Bueno señorita Baker, es hora de pulir ese pequeño trozo de carbón hasta transformarle en un bello diamante.

—¿Qué? ¿Qué carbón?

Serena rehistó.

—Está hablando de ti, pedazo de bruta.

—Oh...

Sonrió ampliamente y nos pusimos manos a la obra. Como si estuviera ya preparada, sacó de su bolso de Louis Vuitton, los pos-it con información de cada miembro de la familia real de varios países del mundo.

—¿Galia Dafter?

—No es ningún miembro reconocido de las casas reales, es hija ilegítima del Conde Hært con Melissa Dafter.

Ella elevó una ceja mientras me miraba fijamente.

—Perfecto.

No sé cómo lo hice, de hecho salió solo, pero me alegraba que la cosa empezara bien. El resto del ejercicio me salió casi excelente salvo por un par de errores. Me había equivocado con quien era *William Oliveira* y *Astrid Kalister*.

Después de que se marchara con un sabor agridulce por no propinarme unos pocos golpes con Beck, Serena y yo esperamos para llamar a James sobre la hora acordada. Le habíamos llamado esa mañana, pero no podía hablar porque al parecer tenía mucho jaleo debido a la coronación del futuro rey de Diamound.

—¿Qué le diremos precisamente?

Serena hizo un mohín. Me había comentado el plan al menos unas trecientas veces, aunque seguía sin encontrarle mucho sentido.

—Vamos a pedir al señor Swinger amablemente que secuestre a su futuro Rey.

Volví a reír. Siempre que me contaba ese plan me sonaba igual de descabellado.

Dudaba mucho que James fuera aceptar hacerlo. Además, secuestrar al futuro Rey...

¿En qué demonios estamos pensando? Esto nos puede muy bien llevar a todos a la cárcel de por vida. Vamos, era un miembro real.

Estaba a punto de convertirse en el hombre más poderoso del país y ahora Serena quería que lo secuestráramos para intentar que cambiara de idea sobre la *Selección*.

Esto sonaba tan estúpido como arriesgado.

—Estás loca, nos van a ahorcar por tus ideas.

Ella se estremeció ante esa idea.

—Estamos en el Siglo XXI, la realeza ya no ahorca a la gente—Se calló y me miró fijamente—. Es eso o compartirlo con tres chicas durante un par de meses tú eliges.

Hablando así no es que tuviera muchas opciones. Hacía un par de días apostaba todo lo que tenía por volver a casa y admitir todo ante mi padre, aun temiendo las consecuencias. En ese entonces era lo más correcto, pero ahora allí ante tan solo esas dos opciones, no sabía que era lo más correcto a esas alturas.

23. CUANDO CAE LA NIEVE

Cuando te duermas esta noche recuerda que estamos bajo las mismas estrellas.

Shawn Mendes

Todo era un maldito caos. Mi madre se había encerrado en su habitación después del funeral y no había vuelto a salir, solo sus ayudantes tenían acceso a su alcoba, ni siquiera yo, el futuro Rey tenía permitido verla. Según Gloria, su ayudante personal, se encontraba en un «retiro espiritual», yo no sabía qué pensar.

Había llegado el día de la coronación y me sentía bastante solo y desorientado ante todo lo que me esperaba. Y mi madre no estaba allí para responder a mis preguntas. Sabía de que iba todo lo de ese día, lo que me esperaba, lo que me tocaba jurar y el protocolo que había detrás de cada acto llevado a cabo en la coronación de un Rey. Pero el hecho de saberlo no quitaba mi nerviosísimo, mi coronación se llevaría a cabo en algunas horas y allí estaba yo. En lo alto de la colina, montado en un caballo árabe de brillante pelaje llamado *Sky*. Mi padre me lo había regalado cuando cumplí los catorce años tras morir *Smith*, otro de mis caballos favoritos.

El viento empezaba a calar en mis huesos, hacía unos días que el tiempo había empeorado y el invierno se hacía presente. Por mucho frío que pudiera suponer, me gustaba esa sensación calándome los huesos.

—Esto tiene una pinta increíble cubierto de nieve— Se pronunció una voz masculina posicionándose a mi lado montado en un caballo blanco.

Will me dedicó una sonrisa de lado y luego miró al frente. Llevaba ropa de montar, unas botas de agua y una capa de piel que parecía abrigarle bien del frío invernal de Diamound. Parecía llevar bien el clima pese a vivir en el sur tropical.

—¿Cómo me has encontrado?

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Tu guardaespaldas te conoce demasiado bien, a mí me daría miedo eso.

Erguí una ceja, confuso.

—¿Qué insinúas?

—Le pregunté dónde estabas y me dijo que aquí.

Sonreí. Era comprensible que James supiera siempre donde estaba, incluso que me leyera la mente a veces. Trabajaba para mi familia incluso antes de que yo naciera y había crecido junto a él mientras seguía todos mis pasos y me ayudaba a tomar decisiones o me regañaba por querer tomar otras. Era como si fuera parte de la familia.

—Es bueno en su trabajo.

Mi primo me miró como si acabara de declararme profeta de una nueva religión.

—Quizá te lo robe, le puedo prometer una vida más tranquila y lejos de *pimpollos* como tú.

Me reí.

—James tampoco es tan mayor como para necesitar tranquilidad, eh.

Ahora fue él quien se rio a carcajadas.

—Oh, venga, tendrá casi setenta...

—Tiene cincuenta y dos, además ya quisieras estar tan cuadrado como él cuando llegues a su edad, culo fofo.

Mi comentario le hizo reírse con más ganas.

—¿Culo fofo?

Ambos nos reímos y luego nos quedamos en silencio.

—¿Listo para que te coronen Rey?

Todos los días me hacía la misma pregunta y cada día me las ingeniaba para dar una nueva contestación, aunque la pregunta ya me cansaba.

—Que remedio, tengo que hacerlo por mis santos cojones.

—Bendita sea la genética del nuevo Rey.

Soltó un grito a todo pulmón espantando a los caballos.

—A veces creo que te falta un hervor.

—Grita, eso te ayudará a sacar toda la tensión que llevas dentro.

Negué con la cabeza dando un pequeño golpecito en las costillas de mi caballo con las botas para que diera unos pasos hacia atrás.

—Nadie te mira Tom, se alguien normal por una puñetera vez.

Puse los ojos en blanco y acabé cayendo en la trampa. Di un grito para sacar toda la tensión, la confusión y el temor que llevaba dentro. Y la verdad es que sentaba bien porque lo siguiente que hice fue reírme a carcajadas. Quizá no me fuera a ir tan mal y me estaba preocupando por poca cosa. Sí, no debería preocuparme, iría bien, había crecido esperando que este día llegara, quizá no esperando la muerte del Rey para ocupar su lugar, pero sí para convertirme en Rey de Diamound.

Era mi destino, ahora debía ocupar el trono vacío y hacer uso de él para que el pueblo escuchara la fuerza de mi voz.

—Bien, ahora que estás listo quiero saber sobre la *Selección* —William se puso serio dejando de lado las bromas y los chistes. —¿Cuento contigo para llevarla a cabo?

No había mencionado la *Selección* con nadie más que Will y James. Y ninguno de los dos sabían mi decisión final. Había invitado a todas las damas del país a mi cumpleaños y todo eso sin levantar sospecha alguna.

Faltaba tan solo una semana para el gran acontecimiento y todo estaba minuciosamente preparado. La temática de la fiesta era como siempre un baile de

máscaras, con la pequeña diferencia de que era una fiesta «blanca», solo entrarían los que llevaran prendas de ese color. En la invitación había un pequeño enigma que pocos lograrían entender y llegar al palacio con el atuendo adecuado, aunque tenía mis dudas

sobre el hecho de que todos fueran a leer las letras pequeñas del final.

Mi discurso ya estaba preparado y descansaba bajo siete llaves por si a mi madre le daba la curiosidad y le entraban ganas de leer.

James todavía tenía que entregarme el informe que le había pedido sobre lo había estado haciendo mi madre mientras no estaba en palacio, pero no se había mostrado muy servicial con mis pedidos en los últimos días. Estaba enfadado conmigo por alguna cosa que hice y todavía no sabía bien que era.

—Cuenta conmigo.

Will ensanchó la sonrisa y sus ojos se iluminaron.

—Sabía que no me defraudarías pequeño Tommy.

Dicho eso se puso a galopar con su caballo colina abajo gritando: Thomas es el mejor.

Suspiré y le seguí sin mucha convicción, sabía que me caería una muy buena por ello. Suponía que era un riesgo que debería correr, mismo temiendo que me tomaran por alguien irresponsable y poco fiable con este acto.

—Te vamos a encontrar a esa Reina, no te rayes.

—Puede—respondí displicente.

—¿Puede? —Su tono de reproche me hizo mirarlo serio. —Una mucho mejor que la traidora. Ya verás.

Respiré hondo y volví a mirar al frente. Hacía días que no pensaba en ella, de hecho, creía que había perdido la nota que me dejó antes de irse. Quizá fuese mejor así, necesitaba superar lo suyo antes de abrir mi corazón a una nueva conquista.

—Volvamos, todavía queda mucho por hacer antes de la ceremonia.

Will asintió, los caballos cogieron carrerilla y en menos de tres minutos ya divisaba a lo lejos las dimensiones del castillo de Diamound.

24. PANTALONES

Lo que no me mató, nunca me hizo del todo fuerte.

Drunk - Ed Sheeran

Serena golpeó con los nudillos la puerta ya abierta y entró. Estaba haciendo una pequeña maleta para que nos pusiéramos en marcha hacia la capital. James todavía no había contestado, era fundamental interceptar a Thomas antes de la coronación para hablar con él. Necesitaba hablar con él y cada vez me encontraba más nerviosa. ¿Qué pasaba si no diéramos con su coche a tiempo? ¿Qué pasaba si se negaba a hablar conmigo? Mi corazón se esforzaba por seguir bombeando sangre a mi cuerpo mientras que yo no dejaba de temblar cada vez que recordaba que íbamos a cometer un delito.

Sí, un delito, y uno de los gordos. Secuestrar a un futuro Rey no se tomaría como un delito leve, seguramente nos encerrarían de por vida. No me gustaba pensar en las represalias que acarrearían ese acto, pero necesitaba intentar que mi ex marido cambiara de idea.

Me volteeé hacia Serena quien esperaba en el umbral de la puerta. Llevaba una caja de

regalo en las manos, eso me hizo ponerme recta para mirarla mejor.

—Sé que las cosas no han sido fáciles estos meses...—Se acercó a paso lento hacia donde me encontraba parada y me tendió la caja de color verde pistacho. —

Quiero disculparme por todo.

—¿Por todo? —pregunté con sorna.

—Por todo —respondió estirando cada letra. —Sé que no soy la *mejor* amiga que te mereces, pero solo intento sacar lo mejor de ti, si esto no sale bien, tendrás que empezar a ser un poco más como yo.

—Gracias, pero me gusta ser yo misma.

Ella sonrió dulcemente y volvió a tender la caja en mi dirección.

La cogí con una media sonrisa, tenía curiosidad. No es que Serena fuera mucho de regalar nada, y menos de pedir disculpas.

Deposité la caja sobre la variedad de vestidos y faldas que estaba intentando elegir para el viaje y la abrí. Saqué lo que había dentro y me quedé de piedra al descubrir lo que era

—Creía que estaban prohibidos...

—Te lo has ganado.

Miré el pantalón de campana que tenía delante de mí y solté un chillido de emoción. Serena se tapó los oídos.

—¡Me encanta!

Al no poder contener la emoción, la abracé. Ella no me devolvió el abrazo, pero tampoco me empujó.

—Ya pasó, ya pasó... Vístete y termina la maleta, tenemos que ponernos en marcha o no llegaremos a tiempo.

Asentí y corrí a ponérmelo, y para mi sorpresa me quedaba muy bien. Había adelgazado cuatro tallas y parecía que todo me quedaba mucho mejor que antes, incluso un simple pantalón de campana.

Busqué una camiseta cualquiera para ponerme con el nuevo y único pantalón que tenía y me las arreglé para cerrar la maleta y bajar las escaleras hacia la entrada.

Vi a Nat quitando el polvo a una de las estanterías.

—¿Dónde está Serena Nat?

La muchacha se volteó y sonrió al mirarme.

—En la cocina señorita B.

— *Obrigada*. —Se lo agradecí en el idioma oficial de Diamond y su sonrisa se ensanchó.

—¿Lista? — preguntó Serena apareciendo en la estancia antes de que yo fuera a buscarla.

—Sí.

—Genial. El coche acaba de llegar.

Ambas nos encaminamos a la entrada en cuanto Matthias tocó el timbre.

— *Tchau, Nat.*

— *Boa viagem, cuidarei bem de tudo.*

—Ya te vale. —Contestó Serena lanzándole una mirada de suficiencia.

Estaba segurísima de que cuidaría bien la casa el tiempo que estuviéramos lejos.

La capital estaba a dos horas en coche, así que tampoco estábamos tan lejos, pero íbamos a quedarnos un par de días si el asunto lo requería.

—¿Sabes bien lo que tienes que hacer?

Suspiré con pesar. Sabía perfectamente que el plan era hacer que Thomas cambiara de idea, aunque tenía la grandísima habilidad para cagarla cuando menos debía.

—Sí, convencerle de que no proponga la *Selección*, que espere a que mi tiempo de residencia esté completado y nos volvamos a casar.

Ella se puso a mirar hacia la ventana con aire distraído.

—Dicho así hasta parece que va a ser fácil.

No le respondí.

—No lo será.

Estaba segurísima de que por muy fácil que pudiera resultar tener como misión intentar hacer que alguien cambiara de idea no lo era. Habían pasado meses en los cuales ninguno de los dos habíamos tenido noticias del otro.

No sabía qué había sido de su vida en esos seis meses, no sabía si había conocido a alguien más y por eso quería una *Selección* para camuflar la situación o por algo más. Tampoco sabía si estaba enfadado conmigo por haberme largado sin decirle nada. Solo sabía que debía por lo menos intentar que cambiara de parecer.

—Si no consigo convencerle... ¿Qué pasará? — Mi voz tembló, dejando claro mi miedo a la respuesta.

—Nos apuntaremos a esa estúpida *Selección*, demostrarás a él y a su madre que solo necesitabas un par de clases para ser como uno de ellos y con un poco de suerte...

—Hizo una larga pausa pensando en lo que iba a decir a continuación. —Recemos para que te elija.

¿Rezar para que me elija?

Más bien rezaba para que todo fuera bien y él entendiera la importancia que había detrás de todo lo que había hecho estos meses. De lo contrario, quizá ni la *Selección* me salvaría. Allí conocerá a chicas mil veces más guapas, refinadas e inteligentes que yo. ¿De verdad crees que se quedará con la paleta del pueblo? No sé vosotros, pero yo tengo mis dudas.

25. ¿ALEX?

Me rechazas mientras mi corazón se abre para ti.

Naguib Mahfouz, *Las noches de las mil y una noches.*

— ¿Quieres estar quieto? Me estas mareando.

Bufé. Estaba demasiado nervioso para estar tranquilo. Eso era evidente, sino no daría giros sobre el mismo eje. Nunca me imaginé que esto llegaría a pasar tan temprano. Vale, estaba a punto de cumplir veintiocho, pero no me lo imaginaba así de pequeño. Imaginaba que mi padre me cedía la corona porque me quería enseñar a ser un buen Rey mientras aún estaba vivo. No que me las tuviera que ingeniar por mí mismo. Debería haber aprendido suficiente mientras estaba vivo y quería enseñarme.

A estas alturas debería estar seguro de qué me llevaría al éxito o al fracaso, pero en las «clases» de consejos que me daba mi padre siempre estaba demasiado ocupado ignorándole como para hacerle caso.

— ¿Estás seguro de que tu mareo proviene de mi nerviosismo? Yo creo que más bien son por esas tres copas de coñac que te has tomado.

Will alzó la copa en el aire y sonrió de lado.

—A tu honor.

Gruñí y miré a James. Estaba parado con los brazos cruzados mirando a Will. Era imposible hacer que a James le cayera bien mi primo. Decía que era una mala influencia para mí, quizá tuviera razón. Su idea de hacer la primera *Selección* en Diamond era algo totalmente fresco y emocionante. También estaba el hecho de que mi abuelo hubiese intentado hacer una *Selección* cuando aún era príncipe, pero no lo consiguió. Ese hecho me hacía tener mis dudas, mi abuelo Martin había llegado a ser el Rey más prometedor de Diamond. Ya prometía ser una leyenda teniendo tan solo dieciséis años y el Consejo no le había concedido el veredicto. ¿Por qué me lo iban a conceder a mi cuando estaba siempre huyendo de mi país cuando la cosa se ponía complicada?

Me paré y me rasqué la nuca, ya estaba sudando.

Malditos nervios.

—¿Cuánto falta para irnos James? —Pregunté volviendo a dar vueltas sobre el mismo eje. James miró su reloj y suspiró.

—Cuando quiera, Alteza.

Me paré, incliné el brazo para coger la americana y me la puse, por el rabillo del ojo vi a Will hacer lo mismo. Jade, su mujer, había vuelto a Granate después del

funeral, pero él había permanecido a mi lado con el propósito de apoyarme en todo.

Aunque ahora que lo pensaba bien, quizá solo quería tener la certeza de que yo fuera a seguir con la idea de la *Selección*. Daba la impresión de que era alguien fácilmente manipulable, de ahí que me hayan salido dos niñeras la última semana. James y Will me seguían a todas partes, cada uno tomándose la libertad de decirme como podía hacer las cosas sin tener en cuenta que las haría como quisiera presentándose el momento.

Salimos al pasillo y seguimos el camino hacia el garaje del castillo. De camino hacia allí un hombre de traje negro y gabardina pasó entre nosotros y sutilmente le entregó un sobre

Real a James. Nunca le había visto, seguramente recordaría a alguien que parecía la viva copia de *Jason Statham*.

Mi madre se había ido antes, según su ayudante debía poner algunas cosas en orden antes de la coronación. La ceremonia se llevaba a cabo en el edificio más antiguo de la capital. El edificio Camilla Costa. Una biblioteca con más de setecientos años. Era enorme, clásica y única. Cada año restauraban pequeños desperfectos causados por el tiempo, pero seguía en muy buenas condiciones. Hasta me atrevería a decir que si no supiera su historia diría que tiene apenas un siglo.

—¿Qué es eso? —Pregunté a James mirando al sobre.

Él se encogió de hombros y me lo entregó.

—Para usted, pedí a un amigo que le hiciera un examen de sangre a su padre, para descartar sus sospechas.

Me mordí la parte interior de las mejillas. O sea que en este sobre contenía información que me quitaría de dudas sobre lo que había planteado sobre mi madre.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Mi madre hizo algo o no?

Estiré la mano para volver a entregarle el sobre, este quemaba entre mis manos y no estaba muy seguro si a estas alturas me gustaría saber la verdad o no. Habíamos enterrado ya el cuerpo de mi padre, lo mejor era dejarlo pasar. Era lo mejor para todos. Las heridas se cicatrizarían sin dramas, y yo dormiría mejor por las noches sin tener la certeza de que tenía razón sobre mis sospechas.

—No lo sé Alteza, es usted el primero que tiene contacto con ella desde que me la entregaron.

¿Seré estúpido? Pero si acababa de ver como se lo entregaban.

—Claro.

Nos limitamos a subir en la limusina y ya nadie dijo nada. Debía tener más escoltas que nunca este día, coches preparados con guardias que me resguardaran hasta la biblioteca para evitar incidentes, pero lo había rechazado. El pueblo se mantenía calmo y tranquilo, nadie atentaría contra mí, pero aun así el coche era blindado, con ventanillas a prueba de bala y mis guardaespaldas de confianza iban en él. No había nada que temer. Simon era quien conducía, Niall iba a su lado en el

asiento del copiloto, mientras Will estaba sentado a mi derecha canturreando una canción que sonaba solamente en su cabeza y James iba ante mí con sus gafas de sol oscura. Ni siquiera hacia sol, además era de noche, sonaba estúpido usar gafas en momentos como aquel, pero sabía de antemano que tenía los ojos muy sensibles ante los flashes de las cámaras y seguramente allí estaría plagado de paparazzi.

Había comenzado a nevar nuevamente y los copos de nieve lo cubrían todo a su paso. Will tenía razón, todo se veía mucho mejor cubierto de nieve.

Apoyé la frente contra mi ventanilla y cerré los ojos, mi cabeza empezó a divagar.

«Prometo ser fiel a la corona y a mis súbditos. Haré todo lo que esté en mis manos para

proteger el pueblo ante futuras amenazas y lo llevaré a la cima conquistando...»

El coche dio un frenazo y yo me precipité hacia delante, no llegué a ir muy lejos ya que el cinturón de seguridad me paró en seco.

—¿Qué mierda?

James se quitó el cinturón y se bajó inmediatamente del coche, cerrando la puerta detrás de él.

—¿Qué está pasando?

Nadie me contestó. Simon y Niall siguieron a James, pero yo no veía nada. Solo los faros de otro coche ante nuestra limusina.

—Vamos a llegar tarde en mi propia coronación... Joder.

Me quité el cinturón e hice ademán de bajar.

—¿Dónde vas? ¿Y si son terroristas? ¡Thomas!

No le hice caso, me bajé y los seguí. Más adelante pude divisar a los chicos hablar con dos señoritas. ¿Todo ese jaleo por dos chicas? ¿Habían golpeado el coche o algo por el estilo? Los copos de nieve caían sin descanso.

Me encaminé hacia los chicos con paso lento, el gran espesor de nieve dificulta caminar rápido.

—¿Qué pasa aquí?

Nada más decir eso me arrepentí. James se giró y puedo verla, iluminada por las luces de la limusina. Parecía un ángel ante aquel paisaje, la nieve, su pálida piel, sus ojos castaños. Su pelo ondulado...

—¿Alex?

—Hola Tom. —Su voz sonó como un simple soplido de aire y eso bastó para congelar toda mi sangre.

26. KISS ME SLOWLY

Me convertí en otra persona gracias a ti.

Yo antes de ti. Jojo Moyes

Tuvimos suerte. Logramos llegar a tiempo para interceptar el coche oficial de Thomas en cuanto pudimos encontrarlos en la carretera rodeada de bosque que llevaba a palacio. Mi corazón empezó a latir a una velocidad vertiginosa y sentí que me iba a desmayar.

—Respira Alex. —Me lo recordó Serena y lo intenté, tenía un enorme nudo en el estómago. —Todo irá bien... Y sino lo enfrentaremos juntas. ¿Vale?

La miré y asentí, ella me cogió de la mano y me dio un fuerte apretón. En cuanto Matthias paró el coche abruptamente ante la limusina real, nos bajamos. Serena no dejó de apretarme la mano hasta que vimos a James caminar hacia nosotras.

No tenía cara de alguien que estuviera de humor para chiquilladas.

—¿Se puede saber que hacéis aquí? ¿Es qué estáis locas? Ya dije que os llamaría.

—Sí, pero no lo hiciste — Serena le apuntó con el dedo acusador y él rechistó.

—¿Qué está pasando? —Preguntó uno de los hombres trajeados con pinta de matón ruso.

—No es nada Simon, vuelve al coche.

—Necesito hablar con él. —Mi tono era suplicante. —No puede hacer eso...

James hizo un mohín.

—Señorita Baker, para ser sincero creo que es usted la última persona que desea el Príncipe ver en este momento.

Eso sonó como un puñetazo en pleno vientre, me quedé sin aire al instante.

—¿Sabes qué hablaremos con él sí o sí, verdad?

James estaba a punto de contestar a mi amiga cuando una segunda voz se coló en la conversación.

—¿Qué pasa aquí?

James se giró hacia atrás y lo vi. Por un segundo me vi perdida. Iba con un abrigo mariner que se veía mucho más gordo que la gabardina color salmón que llevaba encima.

—¿Alex? —Sonaba tan confuso.

A medida que se acercaba se veía mucho más guapo. Y mi corazón latía cada vez más deprisa mientras que mis piernas temblaban bajo la montaña de nieve del asfalto.

Tenía frío, pero mi frío no se derivaba del frío glacial que hacía allí fuera rodeada por bosque, nieve y algo de ventisca.

—Hola, Tom.

¿Por qué le había llamado así? Yo nunca le llamaba así. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Qué haces aquí? —Su tono era calmado, pero tenía los puños cerrados con tanta fuerza que hacía que sus nudillos se vieran blancos.

—Necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

Parecía trastornado, enfadado y preocupado.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué debería yo parar aquí ni un solo segundo para escucharte a ti?

—Thomas, por favor...—Mi voz se apagó. Me temblaban tantas las rodillas que sentía que en cualquier momento la estructura de mi cuerpo cedería bajo mi peso.

Su expresión era seria e implacable. No parecía dispuesto a hablarme, de hecho, mientras me miraba dudé un millón de veces en si se pararía a escucharme o si se volvería a meter al coche y se largaría.

Después de varios segundos que parecieron años, se pasó la mano por la nuca, dio un paso hacia atrás, miró al cielo y varios fragmentos de nieve cayeron sobre su nariz y mentón.

Seguía tan guapo como le recordaba. Observarle allí parado y en silencio me provocó cosquilleos en los dedos de los pies. Una sensación bastante rara, pero que de momento solo él había logrado provocarme.

—Iros, necesito hablar con Alex a solas.

Los tres guardias le obedecieron al instante, solo Serena permaneció en su sitio como si la cosa no fuera con ella.

—Serena —tiré de la manga de su abrigo y ella me miró. —¡Vete!

Solo susurré, pero ella fue capaz de oírme perfectamente. Asintió y volvió al coche con Matthias.

Me volví para mirar en dirección a Thomas cuando me di cuenta de que se encontraba a tan solo dos pasos de mí, parado y observándome con cara de mala leche.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante de lo que quieres hablar Alexandra Baker?

Quizá James tenía razón y yo era la última persona en la tierra a la que quería ver.

Ese hecho me incapacitó para contestarle, no quería que me odiara ni me guardará rencor. ¿Por qué debía hacerlo? Sólo me había ido para aprender protocolos y así ser lo que él se merecía en una princesa o futura reina.

Cuanto más le miraba, más atractivo se veía, y más nerviosa me ponía. Parecía que se me había olvidado hablar, porque por más que abriera la boca no salía ni un solo sonido.

¡Oh, vamos Alex, habla!

Sus indescriptibles ojos azules se veían tan negros como la noche que nos rodeaba.

—¿Qué quieres? Date prisa que llego tarde —Su tono cortante me hizo morderme la lengua.

¡Ay! Alex, céntrate... La Selección.

—Quiero que te olvides de esa terrible idea de la *Selección*—Me asombré al haber sido capaz de decir la frase sin siquiera titubear.

—¿Qué? ¿Quién te ha contado sobre eso?

Me encogí de hombros. ¿Debía decirle que James había llamado a Serena y se lo había contado? No, creo que no. No me gustaría meter al pobre James en problemas cuando lo único que había hecho era ayudarme desde el principio.

—Además... ¿Con qué derecho te crees para volver de pronto de dónde estuvieras para pedirme esto Alexandra?

Se me volvió a cortar la respiración, su tono airado me sorprendió. Nunca le había visto enfadado. Al menos no enfadado conmigo.

—No puedes cortejar a otras personas...

—Estamos divorciados por si no lo sabes Alex, puedo hacer lo que me dé la gana.

Sentí el nudo de mi garganta hacerse más grande y las lágrimas amenazaron con salir, dejándome en ridículo y humillada frente a él.

—Tan solo me falta unos meses para ser ciudadana oficial de Diamond Thomas...

Su expresión confusa me desarmó.

—El día que me fui del castillo oí a ese hombre decir que solo podrías estar casado con otra mujer que no fuera de Diamond si llevara un año de residencia en el país.

Él soltó una risa escalofriante.

—¿Y por eso te fuiste? ¿Por qué Marco me dijera que no podía estar oficialmente casado con alguien que no llevara más de un año de residencia?

—Me señaló con el dedo acusador y luego lo apartó enfurecido. —¿Me tomas por imbécil?

—No... Tom...—Tartamudeé y di un paso hacia delante. —Ese día iba a decirte algo y de pronto todo se desmoronó... No tuve otra opción.

—¿No tuviste opción? ¿Es que acaso tenías alguien detrás de ti apuntándote con una pistola en la cabeza? — Sonaba impaciente y molesto, muy molesto.

—No.

—Entonces sí tenías opción Alex, la tenías y escogiste la equivocada, así que no tienes ningún puñetero derecho de pedirme absolutamente nada. —Se dio la vuelta y

pateó un buen puñado de nieve lejos. —Confíé en ti, lo di todo por ti y me traicionaste.

A medida que fue diciendo la frase se fue acercándose a mí con aire amenazador.

—Lo di todo por ti, maldita sea.

Tragué saliva. Lo tenía a escasos centímetros de mí. De hecho, solo tenía que inclinar mi mano un poquito más para poder tocar la suya. Su respiración agitada rozaba mis mejillas proporcionándome escalofríos.

—Yo también lo di todo por ti Tom, dejé mi casa, me alejé de mis padres, todo por seguirte, por seguir a mi marido, pero tu madre me tenía encerrada en esa habitación como si de Rapunzel se tratara.

—Te fuiste Alex...

—Lo sé, pero la culpa no es mía, yo estaba ahí, pero nadie me quería.

—Yo te quería...

—Tu madre me trataba como una leprosa...

—No metas a mi madre en esto.

Tenía que contarle todo, todo lo que había hecho su madre y que así abriera los ojos, pero no me vi con fuerzas. Hacía unos días se había muerto su padre y lo que menos me apetecía era contarle cosas malas de su madre.

Apoyé mi frente en la suya casi de forma automática mientras cerraba los ojos y aspiraba su olor. Seguía oliendo igual de bien, tal cual como le recordaba.

—Te fuiste cuando me prometiste que lo superaríamos todo juntos, que nunca me dejarías.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y no pude aguantarlas más.

Era cierto. Yo había prometido eso, y había roto mi promesa. Ese hecho me hizo sentirme miserable.

—Lo sé.

Aparté mi frente de la suya y le miré a los ojos.

Sus ojos estaban tristes y enfadados a la vez.

—Te he odiado durante todos estos meses, pero ahora que te tengo aquí delante de mí tan...—Dejó de hablar un momento y repasó mi cuerpo un segundo—distinta, lo único que me apetece es besarte.

Yo continué mirándole sin decir nada. ¿Qué iba a decirle? Acababa de admitir que me odiaba pero que quería besarme... ¿Qué podía decir a eso? Además, estaba congelada. Hacía más frío con cada soplido de aire y eso me hacía tiritar.

—Hazlo—Dije casi sin aliento—. por favor.

No me refería precisamente a que me besara con esa frase, pero él depositó su mano fría en mi nuca y me acercó a él para unir sus labios con los míos.

El beso fue intenso, cargado de algo de rabia, rencor, miedo... ¿Pasión quizá? No lo tenía muy claro, pero ese beso hizo que un enjambre de abejas asesinas se depositara en mi tripa con la misión de devorarme por dentro.

27. LARGA VIDA AL REY.

Son las cosas que más amamos las que nos destruyen

Los juegos del hambre. Suzanne Collins

Admitir a Alex que la había odiado por todo este tiempo me quitó un gran peso de encima. Verla fue demasiado impactante para mí, no era algo que me esperara para ese día. Me esperaba todo menos verla. Se veía mucho más delgada y vestía mucho mejor. Parecía casi sofisticada. No parecía ella del todo, eso me confundió. Me confundió hasta tal punto que cuando ella me dijo:

—Hazlo... por favor.

No me lo pensé dos veces y lo hice. Sí, besé a la traidora que me atormentaba desde el día que se había marchado de mi castillo y eso me sentó bien. Como un vaso de agua fresca en verano. Como una hoguera en pleno invierno.

Me aparté de ella y de pronto me di cuenta de mi error.

—No te he perdonado Alex.

Ella ladeó la cabeza y escuchó con atención.

—No perdonaré que hayas roto una promesa tan importante como la que me hiciste en Crystal, y tampoco pienso cambiar de idea en cuanto a la *Selección*.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Puedes venir a hacer parte de ella, guardaré un lugar muy especial para ti. —

Le acaricié la mejilla. —Si quieres volver a tener algo que ver conmigo tendrás unas cuantas pruebas que superar.

—¿Qué? ¿De verdad no te vas a olvidar de esa locura?

—No. Tú lo jodiste, ahora arréglalo. —Eso no era una petición era una orden y ella lo sabía bien.

Le di un beso en la frente, me volteé y me encaminé hacia el coche sorprendiéndome de la audiencia. Will estaba apoyado al lado del coche viendo la escena con aire divertido.

—¿Qué? —Gruñí al ver la enorme sonrisa de idiota que tenía en la cara.

—Me alegro de poner cara por fin a Alex, la traidora.

Bufé y me metí en la limusina.

—Cállate, llegamos tarde.

Al entrar vi a James revisando la carpeta que contenía información sobre la muestra de sangre de mi padre. No habían hecho la autopsia por el simple hecho de que todos sabían que padecía de una patología cardíaca con que no había nada que indagar ahí, pero James al parecer había conseguido que alguien lo hiciera por él.

—Será mejor que lea usted esto.

Me entregó la carpeta, pero la única palabra que pude leer gracias a una de las farolas que había iluminado la carpeta en el momento exacto era: cianuro.

—¿Cianuro?

—Sal ácida que puede llegar a provocar un paro cardíaco. —comentó Will, distraído.

—El cianuro afecta las funciones vitales como el transporte de oxígeno a las células. Tras su inhalación pasa a la sangre, y desde allí llega rápidamente al cerebro, al corazón y a otros órganos. Una muerte segura sin un antídoto a tiempo—Explicó James, pensativo.

—Para fabricar nuevos venenos «se necesita un toque de imaginación artística», o eso decía Eric Johnson.

—¿Crees que ha sido mi madre?

James no contestó.

—Ella o no, alguien intentó matar a tu padre. —La voz de Will sonaba lejana y antes de tener oportunidad de contestar ya estábamos ante el edificio donde se llevaría a cabo mi coronación. Las calles cercanas estaban repletas de gente que ovacionaba mi nombre.

—No puedo creer que tú vayas a ser Rey antes que yo.

Solté un soplito ahogándome una risa.

—La envidia es mala colega.

James se bajó del coche para luego dejarnos salir, una vez salí al frío exterior, la gente empezó a gritar y yo hice acopio de todos mis esfuerzos por sonreír de oreja a oreja mientras les saludaba efusivamente con la mano.

—Alteza. —La voz de James se distinguió entre todas las demás y le miré, indicaba con la cabeza que era hora de entrar y le obedecí.

Pasamos adentro del edificio, el cual estaba repleto de guardias reales, custodiando la estancia. Caminamos por la *red carped* hasta el fondo de la sala. Había una puerta enorme puerta de roble cerrada ante nosotros, nos paramos allí para que yo pudiera ponerme encima una capa de diecisiete kilos de color azul marino adornada con varios símbolos de la realeza Diamantina. Como el león dorado, la flor de hibisco, diamantes y otros símbolos.

—Sé que fuiste tú James. —Le susurré cuando una asesora se disponía a abotonar el único botón de mi pesada capa.

—¿Perdón Alteza? —Musitó él alzando las cejas, sin entender de que hablaba.

—Sé que fuiste tú el que dijo a Alex lo de la... ya sabes. —No podía nombrar la Selección delante de aquellos empleados, nunca se sabía a quién se le podía escapar.

—Alteza...—Empezó a decir con aire serio.

—No pasa nada, solo estás... despedido.

James cuadró los hombros y asintió. Miró a Simon y empezó a quitarse los auriculares que siempre llevaba encima para controlar la situación y un par de pistolas. Miré a Simon un segundo e hice una mueca, hacía unos años James había pedido vacaciones y Simon le había sustituido, había sido una auténtica pesadilla tenerlo tan cerca siguiéndome a todas partes, era demasiado formal.

Al menos a James le podía decir algún mal chiste y me soltaba lo terrible que era, pero Simon se reía y me mentía alabándome. Observé a James entregar los accesorios que llevaba encima a Simon que entendía poco a nada y se marchaba por el pasillo que conducía a la salida. Me mordí el labio con tanta fuerza que me hice sangre.

—¿Vas a dejar que se vaya? —soltó Will a mis espaldas—¿Eres idiota? Me río

de él, pero ya quisiera tenerlo entre mis aliados, dudo mucho que encuentres alguien tan fiel a ti como él.

Will se giró sobre si mismo e hizo su camino hacia la sala donde se oficiaría la ceremonia.

—Uh, no... —Murmuré para mí mismo. —Olvídalo James, te necesito.

James se paró en seco, ya estaba casi en la puerta de salida. Se giró muy despacio hacia mí y cruzó sus brazos detrás de la espalda.

—Lo siento Alteza, desde aquí no le he podido oír bien.

—Olvídalo, te necesito conmigo.

Me volví a morder la lengua. Ese día no estaba haciendo nada según mi plan, primero me encuentro con Alexandra a quien días atrás quería desterrar de mi país, si en él se encontraba, y en vez de hacerlo, la beso. Despido a James y lo vuelvo a contratar tres segundos después. ¿Qué era lo siguiente? ¿Renunciar a la corona? Más vale mal conocido que bueno por conocer.

—Ya es la hora. — Comunicó James recuperando sus accesorios. Primero guardó

las pistolas en un sitio seguro en su abrigo, luego volvió a conectar los auriculares a sus oídos. —Y por favor, no vuelva a despedirme si no es de verdad.

—No vuelva a traicionarme señor Swinger.

Él asintió y no hubo más que decir.

Respiré hondo. Cuadré los hombros optando por una postura autoritaria y esperé pacientemente a que los guardias abrieran la puerta de la sala.

Entré en la sala y los primeros rostros que vi fue el del oficiante; el presidente del Consejo Real. Lord Abatista.

Todos los allí presentes se encontraban de pie, cada uno llevaba una indumentaria diferente dependiendo del rango al que pertenecieran, aunque todas son de un azul medianoche. Mi madre llevaba un sobretodo de terciopelo y su corona de diamantes rosa adornando su cabeza.

Hice mi camino hasta el centro de la sala, todos en la sala me aplaudían sin descanso mientras yo me mantenía serio.

Permanecí parado en el centro unos segundos mientras los fotógrafos me hacían fotos y las cámaras gravaban la ceremonia. La ceremonia saldría en varios canales de televisión, tanto en mi país, como en los países aliados. Hice un gesto con la mano y poco a poco los aplausos se fueron cesando.

Al sentarme en la única silla del centro Lord Abatista se colocó a un lado para dar inicio a la ceremonia.

—Señores, les presento a Thomas Price II, su Rey indiscutido. Por tanto, todos los que han venido este día a prestarle vasallaje y servicio ¿están dispuestos a hacerlo?

Después de que los allí presentes me aclamaran como su soberano, Lord Abatista empezó a tomarme juramento.

— ¿Promete y jura gobernar los pueblos del Reino de Diamound, Alejandrita, Cuarzo, Jaspe, Ónix, así como sus posesiones y demás territorios pertenecientes a cualquiera de ellos de acuerdo con sus respectivas leyes y costumbres?

Sin vacilar ni un solo segundo pronuncié las palabras esperadas:

—Lo juro solemnemente.

—¿Y procurar, en la extensión de su poder, que todos sus juicios estén presididos por la Ley, la Justicia y la Misericordia?

—Sí

Tras un par de juramentos más, por fin se dio por terminado y Lord Abatista dijo las palabras que más quise y temí oír en mi vida.

—Hoy Diamound se ha levantado para coronar nuestro modelo a seguir a partir de ahora...—Dejé de oírle por un momento mientras posaba la vista en mi madre.

Parecía ajena a todo aquello, tenía la mirada perdida en alguna parte sobre mi cabeza.

Desde la muerte de mi padre se veía siempre muy desorientada. Suspiré. ¿Habría sido ella quien había metido aquel químico tóxico al organismo de mi padre? ¿Habría sido esa su venganza contra él? ¿Y si fuera así que haría? ¿Tomaría represalias contra ella por ese acto de traición para con su Rey? No tenía la más mínima idea de lo que iba hacer referente a eso, lo único que sabía era que tendría la *Selección* que deseaba sí o sí.

—Las Cortes Generales tienen grandes esperanzas puestas en su nueva y exigente misión, y están seguras de que vuestro reinado será un brillante progreso que traerá estabilidad para Diamound, donde sus súbditos juntos a su Majestad superaran todas las dificultades que se presenten de hoy en adelante. —Se paró un momento para respirar. — Desde nuestra lealtad, y firme voluntad juramos servirle y protegerle, además de desearle a Vuestra Majestad un fructífero reinado.

Los aplausos llenaron la sala y yo sonreí. Solo faltaba que me dieran el bastón de piedras preciosas que me hacía gobernante de Diamound y todos sus territorios soberanos para proclamarme Rey. Y la corona real que dejaba sellado mi poder.

Una vez terminado todo me tocaba a mi hablar.

—Prometo gobernar Diamound con total lealtad para con mis súbditos, luchar por la paz y la justicia y promover la armonía que existe entre los distintos países soberanos. —Sonreí nervioso. Todos los ojos estaban puestos en mí, era mi momento y no encontraría otro mejor para soltar lo que estaba a punto de salir de mi boca. Sabía que generaría muchos problemas, pero tenía todo a mi favor, estaba la prensa, las revistas más prestigiosas del país y los miembros de corte. Este era el momento.

—Y mi primer mandato como Rey será la apertura de un proceso de Selección destinado a todas las solteras, sin importar la clase social al que pertenezca, como objetivo de encontrar a la futura reina de Diamound.

Al terminar de comunicar mi intención, se produjo un drástico silencio. Dirigí mi mirada a mi madre y lo supe todo. Sus ojos ardían de rabia y por una vez no me importó. Lo había soltado ante todos los grupos sociales importantes del país. Ya nadie podía pararme, ni siquiera la corte.

FIN

Continuará en Seduciendo al Trono...

Agradecimientos.

Ante todo, a Dios, por darme una nueva oportunidad cada día al despertar. A mi perrita Cocco, por hacerme sonreír a cada segundo, y por todo el cariño que me regala.

A mis lectoras, por apoyarme siempre que necesito y cuando no también. A mis mejores amigas, a mis lectoras ceros por sus diferentes puntos de vistas y opiniones que hace que rescriba cosas cada dos por tres. A mi familia, por todo su cariño, apoyo y amor, y por enviarme mensajes preguntando cuando sale el siguiente libro. Y por último a mi abuela, por ser

mi fan número 1.